

GABRIEL ÁNGEL

LOS MENSAJEROS DEL DIABLO

NOVELA CORTA

La límpida luz de color índigo se fue filtrando por los espacios que quedaban libres entre el tejado y la pared, y comenzó a inundar el aposento con los sutiles tintes celestes de un amanecer desde hacía rato anunciado por el canto de los gallos. Desde su cama, con la cabeza ligeramente alzada de la almohada, Ramiro afinaba el oído en procura de descifrar la naturaleza de los ruidos que lo habían despertado unos segundos atrás. Su mujer, acostada a su lado, si bien no había hecho el menor movimiento, también debía encontrarse alerta pues su sueño solía ser ligero. Afuera, en el patio de cemento, resonaron con mayor claridad los pasos de botas, los murmullos de voces y el choque inconfundible de las armas contra los muros y el piso. Haciendo de su voz un susurro apenas perceptible, Ramiro preguntó a su mujer: “Saray, ¿está oyendo?” Después de unos segundos ella respondió con un “Sí”, en el mismo tono de voz empleado por él, dejando en el aire una invisible aura de miedo. La risa de varios hombres que explotó por un segundo y luego fue contenida por un reproche que se escuchó con claridad, dejó a Ramiro y a Saray sentados en la cama, abrazados el uno al otro, temblando y mirándose a los ojos con pavor. “¡Son los paramilitares, Miro! ¡Vienen a matarnos!”, exclamó con angustia Saray al oído de su esposo. La oscuridad aún se resistía a despedir su manto de penumbras, pero la pareja pudo apreciar la palidez que se había apoderado de los rostros de cada uno de ellos. “Ay, hija, los pelados, nos los van a matar”, le respondió Ramiro con la voz quebrada. En la misma cama, enroscados como caracoles, envueltos en mantas de lana, los hijos del matrimonio, hembra y varón, no mayores de 6 años, soñaban plácidamente, ignorantes de lo que ocurría. Desde hacía varios meses la zozobra acompañaba las noches de los habitantes de la vereda. Desde cuando la gente del otro lado del río resolvió por fin cruzar a este lado. Antes también se hablaba de que en cualquier momento podía suceder, pero como aquella posibilidad se había ido diluyendo con el paso de los meses y luego con el de los años, que pasaban sin que ocurriera nada, la vida se había ido llevando con creciente despreocupación. Pero un domingo cruzaron el puente y siguieron trocha abajo de la estación. Detuvieron la camioneta que entraba haciendo la línea y obligaron los pasajeros a descender del vehículo y tenderse en el piso.

Les pidieron sus documentos y apartaron a un lado a dos de ellos. También al ayudante del conductor. Pincharon a tiros las llantas del camioncito. Después, sin permitir que nadie extrajera sus pertenencias, hicieron emprender carrera abajo a todos los pasajeros salvo los tres retenidos, con la amenaza de que si volvían la vista atrás se morían. Hombres, mujeres y niños habían salvado una distancia de 300 metros cuando empezaron a oír la balacera. Se detuvieron por un instante, pero luego, poseídos por el terror, volvieron a emprender veloz huida. Dos centenares de metros adelante se sentaron a tomar aire y descansar a un lado de la vía. Fue cuando vieron ascender la columna de humo negro hacia el cielo en dirección al sitio donde había quedado el carro. Había sido la primera incursión. Tres muertos. La remesa perdida. Espantada la línea de la zona. Significó un gran trabajo convencer a otro dueño de camión para que la ocupara. La segunda vez que penetraron, asesinaron a Carlos Barbosa, el dueño de la tienda de la estación, y a un hijo suyo. La justificación que daban los criminales para fundamentar sus hechos entre los aterrados testigos de sus fechorías era sencilla. No querían a los guerrilleros y el que lo fuera haría bien en irse de inmediato de por ahí. Ellos no respondían por nadie. También anunciaron que la próxima vez no iban a quedarse en la estación, sino que iban a subir al filo, a buscar en las fincas de las partes más altas a todos los guerrilleros que tenían en lista. Todas las noches, Ramiro y Saray rezaban antes de acostarse, para pedir protección a Dios y, particularmente, a la Virgen del Carmen. Esa madrugada, volvieron a suplicarles que por piedad los favorecieran. Su finca estaba ubicada en la parte más alta de aquel larguísimo filo y parecía un diente de potrereros y cafetales incrustado en la espesura boscosa de la montaña que la rodeaba. Tenían vecinos, pero sus casas estaban bastante retiradas, así que cualquier cosa que estuviera por acontecerles ese día, iba inexorablemente a suceder sin que nadie pudiera evitarlo. Ramiro sintió nacer dentro del pecho ese último resto de valor que brota en la conciencia de quien se sabe destinado a una muerte inmediata que no va a poder esquivar. Dijo a su mujer: “Voy a pararme a mirar por la hendidura de la ventana”. Ella, con expresión de acentuado desconcierto en el rostro, le preguntó, como quien echa mano a una última posibilidad arrancada al azar: “¿No serán los guerrilleros?” El brillo de los ojos de Ramiro fulguró durante un breve instante. “Quisieran Dios y la Virgen. Hace más de seis meses que no vienen”. Con suavidad, lentamente, puso sus pies sobre el piso, se irguió y caminó sigiloso hacia la ventana. Incluyó allí su cuerpo y casi de rodillas ubicó la vista interceptando la delgada lámina de luz que pasaba por su parte inferior. Observó el exterior por varios segundos, sin pronunciar palabra, y sin mover ni un solo músculo. Distinguió los bultos de varias siluetas humanas que permanecían afuera, quietas,

distribuidas por el patio, unas de pie y otras sentadas o recostadas en el beneficiadero de café. Luego regresó al lado de su mujer y le dijo: “Son bastantes. Pero aún está oscuro para saber quienes son. Esperemos”. Unos minutos más tarde volvió a mirar. Esta vez creyó reconocer a Ismael, el hijo mayor de uno de sus vecinos. Estaba más claro y a medida que fue brincando el segundero de su reloj se fueron haciendo más nítidos los rasgos del muchacho. Eran las 5 y 30 de la mañana cuando tuvo la seguridad de que era él. Lo estuvo observando hasta que lo escuchó hablar y reconoció su voz. Se lo dijo a Saray. Ella le dijo que, sin embargo, no abrieran aún la puerta y esperaran más bien a que él los llamara. Casi eran las 6 cuando lo escucharon llamar: “¡Ramiro!” Entonces éste respondió con un “¡Eooo!”, imprimiendo a su garganta un timbre semejante al de quien acaba de despertar. La voz de Ismael preguntó con acento de broma: “¿Ya tiene desayuno? Tengo hambre”. Ramiro y Saray sintieron de manera automática que el alma comenzaba a regresar a sus cuerpos. Fue entonces cuando él se atrevió a preguntar: “¿Qué hay? ¿Qué lo trae por aquí tan temprano?” “Buenas noticias –respondió Ismael–. Salga y hablemos”. Su tono de voz sonaba desprevenido, alegre, optimista. “¡Eso es la guerrilla! –Exclamó aliviada Saray–. Él siempre anda con ellos cuando vienen por aquí. Los paramilitares ya lo habrían matado”. Ramiro se vistió aprisa, se calzó, salió del cuarto y quitó la tranca que mantenía cerrada la puerta de la casa. Al abrir, vio los rostros familiares de varios guerrilleros que acompañaban a Ismael. A otros no los conocía, pero no había ya duda, no se trataba de paramilitares. Era gente buena. Lleno de emoción, con los ojos inundados de lágrimas contenidas con esfuerzo, comenzó a estrechar la mano de los visitantes. “Compañero Hernán, ¡mucho gusto!” “¡Hoooola Rosaurita! ¡Cuánto tiempo sin verla!” “¡Compañero Jesús! ¡Al fin volvió por aquí!” Sus efusivos saludos se fueron repitiendo uno tras otro, al tiempo que propinaba apretones de manos o abrazos a cada uno de los 10 muchachos y 6 muchachas que alegres le correspondían con entusiasmo, llamándolo los más de ellos “Compañero”. Con una amplia sonrisa, que expandía más hacia los lados los enormes cachetes de su cara bonachona, Ramiro terminó de dar la acogedora bienvenida a todo el grupo y luego se dirigió a Ismael: “¿Y por qué no me llamaron antes? No saben el susto que nos metimos con Saray pensando que eran los paramilitares”. De inmediato, recordando a su mujer, corrió hacia dentro de la casa llamando: “¡Saray! Venga. Son los compañeros. Y viene la compañera Rosaura. Hay que prender el fogón para prepararles café”. Al asomar la mujer, se repitió la procesión de abrazos y saludos. Particularmente emotivo fue su encuentro con Rosaura. Las dos mujeres se besaron ambas mejillas, se abrazaron, se rieron con gran bullicio e intercambiaron cuanta expresión pudiera significar afecto. Tomadas de la mano entraron

a la cocina disputándose amistosamente a quién de ellas correspondía encender el fuego. Dos horas y media más tarde los guerrilleros lavaban las vajillas utilizadas para lo del desayuno y reemplazaban a Ramiro en la ejecución de sus tareas domésticas. Además de los 16 que contó éste al saludarlos, había 3 más ubicados como centinelas a prudente distancia de la casa. Esa posición se iba turnando entre ellos cada cierto intervalo de tiempo.

Los muchachos estaban enterados de las acciones del grupo paramilitar que penetraba desde el otro lado del río, y poseían información acerca de algunos de sus integrantes. A quienes sí tenían por completo identificados eran a sus cabecillas. El tema ocupó gran parte de las horas de la mañana, mientras los rebeldes se daban un baño, lavaban sus ropas y las ponían a secar en el patio al ardiente sol del verano. Ramiro, con franca conmoción, les hizo un relato bien preciso en sus circunstancias y detalles, acerca de cada una de las incursiones de los asesinos. Al concluir agregó: “¡Cómo no va a tener uno miedo de que se le aparezcan cualquier día por acá! Ojalá demoren ustedes en esta área. Cuando no están, se siente uno tan desprotegido”. Hernán, el responsable del grupo, se mostró visiblemente afectado por la forma tan salvaje como los paramilitares despedazaron sin piedad a sus víctimas. La primera vez que actuaron, uno de los cadáveres, el del ayudante, fue hallado a un lado del carro de línea, cruzado por más de 25 balazos y completamente incinerado. Habían rociado su cuerpo con gasolina y luego le habían prendido fuego. A Roberto y Gonzalo, los otros dos retenidos, los llevaron encañonados hasta el puente. Allí les descargaron tiros y machetazos hasta que se cansaron. La cabeza de Gonzalo nunca pudo ser hallada. Otras partes de sus miembros tampoco. La búsqueda de sus restos se prolongó por varios días río abajo y sólo pudieron rescatar pedazos. A Carlos Barbosa y a su hijo los torturaron por largo rato y al final los ahorcaron. También los quemaron después. La mujer de Carlos había quedado como loca, y hasta ahora, no había sido posible que recuperara su lucidez. Los otros hijos tenían en venta la finca. Se habían mudado todos para el pueblo. La mujer de Gonzalo, que era hermana de Roberto, había vuelto a su familia, pero don Luis, su padre, se había mudado enseguida con su mujer, su hija y sus otros hijos para el pueblo. También tenían en venta la finca y habían jurado no regresar. Hernán, Rosaura y otros guerrilleros que habían estado trabajando antes en la región, se dedicaron a hacer reminiscencias sobre las condiciones de vida imperantes por allí antes de que los paramilitares empezaran a penetrar. La parte del filo de El Volante, en donde vivía Ramiro, se entrelazaba con la cima del filo de La Fuente, la vereda siguiente. Por entre los dos descendía en forma

saltarina y rápida la quebrada de aguas transparentes que llevaba este último nombre y que tributaba sus aguas al Río Tucurínca, justo abajo del puente de la estación. El río descolgaba de los parajes nevados de la sierra, formando un amplísimo cañón, cada una de cuyas faldas, norte y sur, correspondía a un municipio distinto. Desde su aparición, con pocas y mal armadas unidades, la guerrilla había encontrado serias dificultades para operar en la parte norte del río. El Ejército tenía una Base ubicada en un caserío situado relativamente cerca a aquél, y quizás en desarrollo de sus planes preventivos, había organizado unos grupos civiles de autodefensa cuya consigna, desde un comienzo, fue borrar del mapa a cualquiera que pudiera servir de apoyo a los rebeldes. Varios intentos de ingresar a esa área con pequeñas comisiones de organización resultaron fallidos. Hubo guerrilleros muertos y colaboradores o sospechosos de serlo ejemplarmente sacrificados. También aquello sirvió de pretexto para que cabecillas de esos grupos, con el visto bueno de la autoridad militar, se hicieran de ese modo a la propiedad de fincas cafeteras y cacaoteras que les interesaba poseer y que mediante métodos distintos al despojo violento no hubieran podido adquirir. Al cabo de cierto tiempo las regiones se fueron alejando una de otra, y el puente pasó a convertirse en una especie de muda frontera, que indicaba a los de uno y otro lado, que más allá de él la muerte acechaba. Los viejos campeonatos de fútbol y los ocasionales torneos de tejo en los que se enfrentaban equipos de todas las veredas, tornaron a ser competencias exclusivas de las veredas de la margen norte o de la margen sur del río. La convicción que se fue enraizando en la mente de los pobladores, indicaba que nadie tenía motivo ni razón suficiente para pasar al lado de los otros. Para el Ejército y los paramilitares, cualquier extraño pertenecía a la guerrilla o trabajaba para ésta haciendo inteligencia en la zona. La amenaza permanente de una incursión represiva proveniente de ese lado, creaba una situación equiparable en el sector influenciado por la guerrilla. La diferencia estaba en que los insurgentes detenían la gente foránea, y la liberaban si luego de investigarla no encontraban evidencias ciertas de compromiso con sus enemigos, mientras que los de la base militar y sus autodefensas, primero ejecutaban al capturado y después tal vez investigaban sobre él. Pero salvo esa tensa situación, ninguno de los grupos rivales había pisado el terreno del otro para agredir, como si existiera un pacto tácito de tregua. Por eso la vida en el vecindario de Ramiro se había podido llevar dentro de una relativa normalidad. Se atendían los cultivos de café, se sacaba la cosecha a la cooperativa del casco urbano, la maestra educaba los niños en la Escuela Nueva, la junta de acción comunal agenciaba la asignación de algunos recursos de la Alcaldía para las obras básicas como los caminos, los campesinos salían en grupo a cumplir las tareas comunales que les correspondían, los

evangélicos celebraban sus cultos en la capilla y en las casas de los fieles según la rotación determinada por el pastor, de vez en cuando surgía un motivo para organizar y celebrar algún baile en la vereda, los muchachos y las muchachas se enamoraban y tenían noviazgos y compromisos, los domingos se jugaban partidos de fútbol en la cancha de la parte baja del filo y la gente acudía a recrearse animando los equipos. Todos los sábados salían los campesinos a la estación y ésta casi se convertía en mercado. Desde que apareció la guerrilla se habían terminado los robos, las riñas a machete, los conflictos irreconciliables entre vecinos y se había puesto en funcionamiento con vigor el aspecto comunitario de la vida rural. Por ello el aprecio hacia el movimiento rebelde era notorio entre los pobladores, quienes gracias a las orientaciones de los alzados, habían hallado en el mecanismo de la organización y movilización en marchas de protesta, el mejor instrumento para lograr salir, parcialmente al menos, del olvido en que hasta antes de tomar conciencia de sus derechos, se los había mantenido por parte de los sucesivos gobiernos. Lo que Ramiro exponía con inocultable pesar a sus visitantes, era que prácticamente esos años de apacible vida colectiva empezaban a ser cosa del pasado con la ofensiva paramilitar. “Esto se está acabando, compañeros, todos tienen el temor de asistir a las reuniones de la junta comunal, la gente está vendiendo sus tierras y se quiere ir. De los que quedan aún, una gran parte se ha metido al evangelio y las prédicas del pastor empujan al campesino a la conformidad, les hace creer que lo mejor es olvidarse de este mundo y dedicarse por completo al culto para entregar su vida al Señor, el único que va a cuidarlos de todo mal. Los creyentes dicen que es mejor que cada uno vea por lo suyo y no se meta en nada más”. Las fiestas se habían olvidado, los partidos de fútbol, los días de mercado. En el aire flotaba el miedo a ser sorprendidos reunidos y a ser asesinados por la gente del otro lado del río. Cada cual se encerraba temprano en su casa y cuidaba de dejar bien selladas las entradas. “Además de denunciar lo que está pasando, no les queda otra cosa que hacer sino armarse y dar la pelea –sentenció con seguridad Rosaura.– Nosotros podemos darles la instrucción”. “Sí –respondió Ramiro–, el problema es que con esta desunión uno no se atreve a confiar sino en muy pocos. El miedo paraliza a unos y no deja de haber quien esté llevando informes de aquí a esa gente”. “Hay que descubrir quién es”, repuso Hernán. “De todas formas –expresó Ramiro con notable amargura–, esto se va a volver una guerra, una matazón, y nosotros nunca hemos querido eso. Es mucho mejor vivir en paz”. “Cierto –le respondió Hernán–. Pero es que la gente no se aguanta que la estén matando porque no piensa igual que el gobierno. El día que dejen de asesinar por eso, viviremos en paz”. Los niños de Ramiro y Saray jugaban divertidos

con varios guerrilleros por los alrededores de la casa. Hasta ésta llegaba el bullicio de sus alegres risas infantiles acompañadas por gritos de sorpresa y emoción.

Uno de los centinelas comunicó desde su puesto que regresaba Ismael. Ramiro había escuchado cuando Hernán lo envió a averiguar cómo estaban las cosas por ahí. Tenía casi 3 horas de haberse ido. Al entrar, lanzó una exclamación para saludar a todo el grupo y luego se detuvo a cierta distancia de Hernán convidándolo con un gesto a acercársele. Sus ojos de aspecto felino no revelaban ninguna emoción. No tenía más de 20 años, y era integrante del reducido grupo de milicianos que la guerrilla tenía conformado desde un tiempo atrás, para recoger información en el área y contar con su apoyo para la realización de otras actividades. Ramiro los vio conversar en voz baja y una alarma en su interior le dijo que algo malo sucedía. Observó que Hernán miraba la hora en su reloj y adoptaba un aire de preocupación. Lo oyó llamar a Rosaura, Alicia y Jesús, y los siguió contemplando mientras discutían por largos minutos en el rincón del patio. Después vio partir de nuevo a Ismael y escuchó que Hernán enviaba a 2 muchachos a subirse al cerrito que había a un lado de la vivienda, con la misión de comunicar cualquier cosa extraña que observaran. El montículo estaba sembrado en pasto y tenía varios palos de guayabo. Ramiro sabía que desde ahí se divisaba el camino bien abajo, cuando partía de la casa donde vivió Roberto. Además se dio cuenta que Rosaura llamó a todos los guerrilleros aparte y les informó algo que él no alcanzó a oír. Enseguida los vio dispersarse y empezar a recoger la ropa que tenían extendida, alguna de la cual no estaba aún completamente seca. No obstante, los muchachos se disponían a empacarla así y a acomodar todas sus cosas dentro de sus equipos. Sintiendo invadido por una corriente de ansiedad se acercó a Hernán, quien también se dedicaba a ordenar sus cosas inclinado de rodillas a la sombra del alar, y le preguntó procurando disimular su inquietud: “¿Sucedo algo, compañero?” “Sí –le respondió Hernán-. Precisamente estaba esperando terminar aquí para hablar con Usted. Anoche llegaron 3 camiones con Ejército a la estación. Amanecieron ahí”. La palidez que tiñó el rostro de Ramiro reveló su impresión. Con voz temblorosa manifestó: “Tienen que venir con gente del otro lado del río... Seguro que buscan hacernos una bien buena...” Gotas de sudor aparecieron en su frente. “Escúcheme Ramiro –le dijo Hernán.- Nosotros llegamos aquí anoche y marchamos en la oscuridad. Nadie, a excepción de ustedes, nos ha visto. Ellos no cuentan con nuestra presencia aquí. Van a llevarse una sorpresa”. Sin ocultar su aflicción, Ramiro suplicó: “Compañero, pero si van a pelearles que no sea aquí, por favor... Están Saray y los niños”. Al decir esto último casi lloró. “No se preocupe Ramiro – lo tranquilizó Hernán-. Ya



mandé a averiguar por su posición. Vamos a emboscarlos en el camino de subida. En una casa jamás armáramos nosotros un combate”. En ese instante hizo aparición Saray, quien desde la cocina había estado siguiendo el diálogo entre su marido y Hernán. Con ojos que delataban su nerviosismo, se dirigió al guerrillero: “Compañero Hernán, el Ejército puede haber tomado por el camino que va quebrada arriba, y luego, de La Fuente, puede pasarse a este filo y aparecer por este lado de encima”. La mujer, a pesar de su apariencia frágil, habló con seguridad, como quien sabe qué le corresponde hacer. “Si es así, tendrían que pasar primero por la casa del papá de Ismael –respondió Hernán-. Éste ya los puso sobre aviso. Por ese lado ya están pendientes y en caso de que los vean aparecer correrán a traernos la noticia. Este punto es clave para esperar, vengan por donde vengan. Tan pronto tengamos eso en claro saldremos a su encuentro”. Una hora más tarde, los guerrilleros ya habían almorzado e Ismael se encontraba de nuevo con ellos. El enemigo no había tomado la ruta de La Fuente sino la de este lado, y se hallaba ubicado en la casa del finado Roberto. Desde el cerrito se podían seguir los movimientos de los pequeños puntos oscuros que se movían por los potreros de esa finca. La duda estaba en si subían de frente, por entre el cafetal o lo hacían por el camino. “Deben tener informe de que no hay guerrilla por estos lados –afirmó Rosaura-, se atrevieron a entrar en carros. De la misma manera, preferirán el camino. Hay que emboscarlos en éste”. A medida que pasaban los minutos la tensión se iba haciendo mayor. Los observadores, desde el montículo, indicaron que no se veían moverse más puntos ningunos en el potrero, lo cual indicaba que el enemigo ya había iniciado el ascenso. Con sus precauciones, en el término de una hora estarían en el filo. Hernán ya había despachado un grupo de 7 guerrilleros al mando de Jesús, con Ismael como guía, para que se apostaran cerca de la cima, del lado de arriba del camino, previendo que la tropa hubiera preferido subir por el cafetal. El terreno por ahí era bastante empinado y por tanto representaba un gran riesgo para quien pretendiera, de día, alcanzar el filo a salvo. Los observadores continuaban con la vista fija en el trozo rojo que alcanzaba divisarse en la curva que hacía el camino de ascenso, única parte de él que se apreciaba desde el montículo de la casa y que se hallaba situada unos 300 metros arriba de donde vivió Roberto. Cuando vieron pasar al primer soldado dieron la alarma. Hernán y Rosaura se lanzaron de inmediato allá a ver al enemigo a la distancia. Después que varios hombres, con algún intervalo entre ellos, pasaron por la curva, Hernán le ordenó a la muchacha: “Ve tú con seis guerreros más. Esa gente ya sigue por el camino arriba. En unos 40 ó 45 minutos ya debe estar sonando plomo. ¡Denles duro! Luego toman el camino y nos encontramos en el filo que hay arriba de la casa de Aparicio, pero tendrán que dar toda la vuelta para llegar por detrás. Si se

meten de frente es probable que la tropa los vea cuando suban y es mejor que no sea así. Hay que confundirlos. No se demoren peleando, hay que darles y retirarse rápido. ¡Cuidense!” De inmediato reunieron a todos los guerrilleros presentes en el patio de la casa y escogieron las unidades. Viendo todo aquel movimiento Ramiro preguntó asustado: “¿Qué fue compañero? ¿Ya vienen?” Así es –le respondió Hernán.– Tenemos que irnos y sacar estos equipos”. Y dirigiéndose a los 4 que se quedaban con él les ordenó: “¡Cárguense los equipos! Y cada uno lleva uno de más de la gente que sale. ¡Deprisa! Tenemos que salir de aquí y pasarnos al filo del otro lado, el de la casa de Aparicio. ¡Vamos!” Cada equipo pesaba más de una arroba, lo que hacía casi 3 arrobas encima de cada guerrillero. Y todavía quedaban 2 equipos más por llevar. Ramiro se echó uno de ellos a la espalda y le dijo a su mujer que lo miraba atónita y con la boca abierta: “¡Ahorita vuelvo! Voy a ayudarles a llevar esto”. Con su fusil en las manos, Rosaura se acercó a Hernán, le dio un beso rápido e intenso en la boca y se despidió: “Nos vemos en un rato. Te quiero”. Él se quedó observándola por un par de segundos mientras ella emprendía veloz carrera a la cabeza de los 7 combatientes con destino al camino. Su ropa no era muy ancha y bajo ella se dibujaban las formas de un cuerpo atlético y bien formado. Ramiro lo sacó de su ensimismamiento: “Es muy bonita la compañera, ¿verdad?” “Sí – dijo Hernán visiblemente emocionado-. Y es muy valiente. Parece una amazona”. Ramiro intentó cargarse el otro equipo restante, pero Hernán se opuso a ello y en su lugar uno de los guerrilleros se lo acomodó en el pecho, cruzando las cargueras por encima de las del equipo que llevaba a sus espaldas. Con alegría le dijo a Ramiro: “No se vaya usted a matar compañero, nosotros estamos más acostumbrados a esto”. Todos emprendieron el trote, con la velocidad que les permitía el peso, buscando la salida al camino en sentido contrario al tomado por Rosaura. Más adelante, por la escuela, se encontraron con los 2 hijos de Hortensia, la vecina, quienes por Ismael ya estaban enterados de su estada ahí y venían a ofrecerse para cualquier cosa en la que pudieran ayudar. Cada uno de ellos se hizo cargo de un equipo de los que llevaban los guerrilleros de remolque y se sumaron al grupo. En forma rápida alcanzaron el portillo de cuerdas de alambre que indicaba el desecho hacia la casa de Aparicio y se descolgaron hacia la cañada. Empezar el ascenso a la casa fue más difícil. Sus piernas estaban agotadas. Ramiro, quien lucía una enorme barriga, tuvo que detenerse obligado por la asfixia. Hernán ordenó a todos esperar. Tras unos minutos de resuello volvieron a emprender la cuesta. Un breve tiempo después, con los ojos brotados por el esfuerzo y sus rostros fuertemente encendidos por obra del insoportable calor, con las ropas completamente bañadas por el sudor, pisaron el patio de cemento usado por Aparicio para secar el café y se liberaron del peso de los equipos. Un

obrero y el mismo Aparicio salieron a su encuentro: “¿Ya viene el Ejército?”, fue la pregunta lanzada por Aparicio al verlos llegar. “Sí –le respondió Hernán, con voz ahogada-. No demoran en sonar los tiros”. Las respiraciones agitadas de todos los del grupo revelaban su fatiga. El recorrido desde la casa de Ramiro les había tomados unos 25 minutos. Éste se dirigió en forma inmediata a Hernán: “Compañero, yo me devuelvo para la casa. Saray está sola con los niños”. “Hay que tener cuidado –le recomendó Hernán. De aquí a que llegue allá, ya habrá habido pelea”. “Sí –aceptó Ramiro-. Pero de todas maneras eso va a ser más adelante de la casa, por el camino abajo. Yo alcanzo a llegar antes que el Ejército”. Y diciendo estas últimas palabras dio media vuelta y empezó a correr apresuradamente de regreso.

Quizás en su vida nunca se había parecido tanto Ramiro a una exhalación. No se detuvo en la cañada. Extraía fuerzas del amor por su familia. No quería que aquel trance los hallara a solas. Llegando al portillo del camino escuchó un disparo que rompió el silencio de aquella tarde amodorrada. Inmediatamente escuchó otro y otro. Después no pudo contarlos porque el ruido se transformó en una andanada de detonaciones acompañada por sucesivas explosiones que él no conocía. Vaciló un instante pero la imagen de Saray y los niños, que acudió a su mente, le inyectó alientos para proseguir su carrera. Sentía que ya no podía respirar cuando tomó el filito del cafetal, detrás del cual se hallaba su casa. La sombra proyectada por las ramas y las hojas de los enormes guamos lo dotó de los últimos arranques de energía que necesitaba para avanzar. Cuando entró en su aposento ya no se oían disparos ni explosiones. Saray se hallaba sentada en la cama, con el rostro pegado a las rodillas y con cada uno de sus brazos cubriendo el cuerpo de uno de sus hijos a quienes estrechaba con fuerza contra sí. “¡Saray! ¡Mamita! ¿Están bien? ¡Gracias a Dios! ¡Ya vine! ¡Ya vine! Esperaremos juntos ahora”. Ramiro hablaba desbocado. Saray levantó el rostro y Ramiro se lo vio cubierto de llanto. “Ay, mi amor, tengo mucho miedo”, dijo la mujer. “No vuelvas a irte, papi –le dijo su hija-. Pensamos que te habían matado”. “¡No! No. Ya no voy a salir más, hijita, ya no me iré más”, le respondió Ramiro notablemente conmovido. Enseguida dijo: “Voy a trancar la puerta”, y se dirigió a cumplir ese propósito. Caminando hacia allá hablaba en voz alta: “La pelea tuvo que haber sido allí abajo, en la segunda vuelta. Es el mejor sitio para aguar. No demoran en aparecerse por aquí los soldados”. Cuando Ramiro regresaba a su lado, Saray le preguntó: “¿Y la compañera Rosaura?” “No sé – le dijo él-. Seguramente que ellos volverán atrás por todo el camino, pero no creo que entren aquí”. “¿Y qué haremos si viene el Ejército?”, interrogó Saray. “Les diremos que yo estaba trabajando y que corrí hacia acá cuando oí el tiroteo. Aquí ninguno

ha visto nada. De la guerrilla hace meses que no sabemos. Ignoramos qué fue lo que pasó. Se lo preguntaremos más bien a ellos. Explíquese lo a los pelaos". Saray, más animada ya, empezó a repetirles pacientemente la lección: "Ustedes no saben qué cosa es guerrilla. Si les preguntan no les respondan nada. Aunque les prometan o les regalen confites. Si esos hombres que van a venir llegan a saber que los compañeros estuvieron aquí, nos matan a todos ¿Oyeron? Así sea que los amenacen o que nos peguen. No digan ni una sola palabra". Una y otra vez los niños escucharon a Saray. Con picardía en el rostro, la niña dijo al fin: "Ya mami, no te preocupes. No les diremos ni pío". Inmediatamente el par de criaturas rió alegremente, imprimiendo una nota de despreocupación en el tenso ambiente. El temor de Ramiro y Saray, sin embargo, fue aumentando a medida que el tiempo transcurría. Al cabo de un larguísimo rato escucharon voces afuera. Ninguna de ellas les sonó familiar. "¡Ustedes cuatro! Acérquense a la casa con cuidado. Desde aquí les cubrimos". "Son los soldados", dijo suavemente Ramiro. Los pasos resonaron en el patio. "¡Todo está en orden aquí, mi teniente! –gritó uno–. ¡No hay nadie!" Volvieron a escuchar la primera voz que provenía de lo alto: "¡Llamen a los de adentro! ¡Deben estar encerrados!" Ramiro, Saray y los niños sintieron que el terror se atropellaba en sus venas. "¿Habrán huellas de los guerrilleros?", preguntó él con acento agitado. "No –dijo ella–. Revisé todo cuando salieron. No quedó nada". "Menos mal –contestó Ramiro aliviado–. El piso está tan seco que no debió quedar trillo en el camino tampoco". La última de sus palabras coincidió con la pregunta que oyeron de afuera: "¿Hay alguien adentro?" Ramiro susurró al oído de Saray: "Contésteles usted". Saray tragó saliva y dejó brotar con fuerza un "¡Sí!", que sin embargo reveló un dejo de inseguridad. También agregó: "¿Quién busca?" El de afuera comentó a otro: "Una vieja. Y cagada del susto". Otro hombre preguntó de nuevo: "¿Con quién está ahí?" Saray miró a Ramiro a los ojos. Él la animó con un gesto a responder, y ella dijo: "¡Somos 4!... Yo, una niña, un niño... Y mi marido". De afuera no hubo respuesta. Saray insistió: "¿Quiénes son ustedes?" Tras unos segundos de espera, la voz del patio exclamó: "¡Ejército de Colombia! ¡Batallón Cartagena! Abran y salgan despacio. No les va a pasar nada". Saray apretó la mano a Ramiro y él la aconsejó: "Hábleles con humildad. Pregúnteles qué pasó. Dígales que oímos un tiroteo aquí cerquita". Saray, sin necesidad de fingir la voz, pronunció cada una de las palabras recomendadas por su marido. El de afuera, con tono persuasivo, explicó: "Unos tiros con la guerrilla, pero ya pasó. Abran y préstenos una sábana. Tenemos un herido en el camino". Ramiro le dijo a su mujer: "A la buena de Dios. Toca abrir. Alcance una sábana blanca. Yo saldré con ella en la mano. Dígales que sí, que ya va". Saray, con la voz temblorosa todavía, habló de nuevo al de afuera: "Ya voy, sí

señor... Ya la busco... Espere un momento por favor". Cuando las hojas de la puerta se abrieron de par en par, la luz invadió la salita y obligó a Ramiro a bajar los ojos hacia el piso dando muestras de encandilamiento. Cuando volvió a mirar hacia el patio, vio dos soldados vestidos de uniforme camuflado, que le apuntaban directamente con sus armas a un par de metros de distancia. Alzó las manos, en una de las cuales llevaba enrollada la sábana limpia, y dio un paso lento hacia fuera. Detrás de él caminó Saray con un niño tomado en cada mano. Sin esforzarse mucho para lograrlo, Ramiro procuró exhibir una expresión de desconcierto e intentó dibujar una sonrisa en los labios. Los soldados los mandaron a salir completamente afuera y la familia conservando el mismo orden avanzó hasta donde la protección del sol la sombra del beneficiadero. A la orden de uno de los uniformados, dos de ellos saltaron dentro de la vivienda y los de afuera escucharon que lo estaban revisando y esculcando todo. Unos segundos después volvieron a salir, llevando uno de ellos en las manos el mohoso chispún con que Ramiro acostumbraba salir a cazar. "No hay nada adentro, mi cabo. Sólo este tiesto". El cabo miró a Ramiro y le preguntó con altanería: "¿Eso es suyo?" Ramiro le respondió afirmativamente, y le agregó que tenía días de no usarlo, porque se le había acabado la pólvora. El cabo no se molestó en examinar la primitiva arma. La dejó recostada al lavadero y ordenó a uno de sus hombres: "¡Coja esa sábana y vuélase al camino! ¡Ojalá no se haya muerto ese huevón! ¡Dígale de paso a mi teniente lo que hay aquí!" El sudor resbalaba con abundancia por la frente de los soldados. Dos de ellos tenían sus ropas desgarradas. Saray se ofreció con humildad a prepararles un fresco. "Se le agradece –dijo el cabo–. Pero mejor esperemos". Sintiendo que había logrado romper el hielo, la mujer dijo entonces con mucho tacto: "Si el herido no es muy grave tal vez yo pueda ayudar. Sé algo de primeros auxilios". El cabo volvió a repetirle: "Se le agradece, pero mejor esperemos". Segundo a segundo, Ramiro y Saray fueron sintiendo que iban adquiriendo un completo dominio sobre sus nervios. Intuyeron que de ahí en adelante todo se reduciría a obrar como mansas palomas, a mostrarse incluso subordinados a la tropa. El teniente bajó hasta la casa. No se molestó en saludar. Preguntó a Ramiro en forma directa y seria: "¿Cómo se llama usted?" Al escuchar el nombre prosiguió: "¿Es suya esta finca?" Su interrogatorio se fue extendiendo por un largo rato. Después de averiguar todo lo relacionado con la vida y actividades de Ramiro, pasó a preguntarle por la guerrilla. "Para qué voy a mentirle, mi teniente –respondió Ramiro–, yo sí conozco a la guerrilla, porque por aquí han convocado reuniones con toda la gente y toca ir. Pero a esta casa no han llegado a venir. Lo que sí es verdad es que hace más de 6 meses que no vienen por estos lados". El teniente no dejaba terminar la última palabra cuando ya estaba lanzando otra pregunta. El sentido de las respuestas de Ramiro siempre

fue el mismo. Reconocer las cosas hasta donde no se comprometiera, pero cuidando de decir lo que percibía que al teniente le agradaba oír. El militar le lanzó con sequedad otro interrogante: “¿Y usted pretende que yo le crea que la guerrilla se nos emboscó aquí, a unos pasos de su casa, y que ustedes no sabían nada?” “Usted ve mi finca, mi teniente – empezó a explicar Ramiro–. Después que uno esté aquí trabajando, no sabe ni quién ni cómo pasa por ese camino. Esta mañana entró aquí el hijo del vecino a buscar unos clavos para unas herraduras, y no comentó nada. Tampoco ellos estaban enterados, de lo contrario el muchacho me lo habría dicho. Es lo único que sé”. Tras varias preguntas que apuntaban en la misma dirección, el teniente pasó a investigar por el terreno. Ramiro le dio todas las especificaciones del área. Al igual que los guerrilleros, el teniente terminó por concluir que aquel filo era el ideal para ubicarse mientras resolvían qué hacer. “Es la parte más alta por este lado. En el cafetal se puede distribuir la gente con perfecto dominio. Hay que reforzar la parte de atrás, que da contra la montaña. El agua la podemos recoger aquí, en la casa”. Resolvió pasar la noche en el cerrito donde habían permanecido los observadores de la guerrilla unas horas atrás. Después de contemplar el panorama desde aquel montículo volvió a la casa y comentó: “De haberlo sabido, hubiéramos dejado el camino allá abajo y cruzado por ese rastrojo para subir directamente por el potrero hasta aquí. Nos hizo falta haber analizado mejor el terreno. Así no nos hubieran emboscado”. Ramiro que lo escuchó hablar así se atrevió a decir: “Abajo, en la curva, hay un monte que no deja ver el trillo para quien no conoce. A veces, cuando subimos sin bestias, nosotros acertamos por ahí. Es más rápido, pero eso sí la subida es paradisíma”. “Yo si pensé en eso –dijo el sargento que había venido un rato después que los primeros–. Pero también pensé en que si alguien nos estaba esperando arriba, la matada que nos llevaríamos no tendría nombre. Por ahí no sólo hubiéramos tenido un muerto y un herido, sino que el reguero de gente hubiera sido muy grande. Lo que es no conocer”. Ramiro se percató de la fulminante mirada con la que el teniente señaló al sargento que acababa de revelar algo que no debía. “Entonces también hubo un muerto”, pensó, y se alegró por Rosaura y los suyos. La tropa había encendido una fogata en el sitio donde Ramiro acostumbraba hervir el dulce de la caña que molía en el trapiche y allí, en una olla inmensa, dos soldados se encargaban de preparar una sopa. El teniente ya había arreglado con Ramiro para que le vendiera unas arrobas de yuca y plátano que los mismos soldados recogieron de la huerta. Saray les había vendido un gallo y dos pollos medianos. Sólo los rancheros, el operador de radio, el teniente, el sargento y uno que otro cabo entraban y salían del área de la casa. El grueso de los hombres estaba distribuido en los alrededores, posesionado de los puntos más altos. El teniente se dirigió a

Ramiro: “Necesito su ayuda. Así como dicen que no se pueden negar con la guerrilla, tampoco se nos van a negar a nosotros”. “Ese es el trago amargo del campesino, mi teniente –empezó a decir Ramiro–. A todo el que llega armado toca servirle. ¿Para qué soy bueno?” El teniente lo miró como tratando de descifrar cuánto de verdad y cuánto de mentira había en las palabras de ese campesino. Luego dijo: “Un evangélico que detuvo el cabo en el camino hace un rato, dijo llamarse Aníbal Ruiz. Al principio quiso tirárselas de loco, pero con una buena planera los soldados lograron ponerlo cuerdo”. El teniente no disimulaba su desprecio. Continuó: “Dijo que por la casa de él pasaron corriendo 7 guerrilleros sin equipo, rato después que pasó la balacera. Indíqueme cómo se llega allá”. Ramiro reconoció en el evangélico al hermano menor del pastor, y por su interior corrió una pequeña satisfacción. Ese Aníbal era de los más fanáticos. Respondió: “Por todo el camino, mi teniente. Adelante, a una media hora de aquí, se abre el desecho a mano derecha, donde hay un caracolí inmenso”. “Bien –el teniente mostró satisfacción por la respuesta–. Necesito que usted me guíe unos hombres hacia allá. El tipo ese no quiso. Algo debe tener escondido”. Un miedo instantáneo corrió por el cuerpo de Ramiro. Con voz vacilante se atrevió a decir: “Si corrieron 7 guerrilleros hacia allá, pueden estar esperando. Por ahí hay mucho sitio para aguaitar. ¡Es demasiado peligroso!” “¡No me importa si es peligroso o no! –Levantó la voz el teniente–. De todas maneras usted irá adelante. Imposible que los guerrilleros le vayan a tirar a uno de sus compañeros. ¿O sí?” Ramiro decidió jugársela: “¡Yo no soy compañero de nadie! Y no tengo que ver nada con su guerra. Tengo mujer e hijos para ver. No haría una cosa como esa, porque no estoy aburrido con la vida”. El teniente soltó una carcajada. Mirando a Ramiro con ojos burlones, le aseguró: “Le apuesto que si fuera al contrario, sí iría. Ustedes son así. El tal Aníbal ese dijo que usted le colaboraba gustoso a los guerrilleros”. Ramiro no se dejó amilanar: “¡Igual que él! ¡Igual que todos! El que le diga a usted que no se ve obligado a colaborarle a los guerrilleros, le estará mintiendo. ¡Usted no sabe lo que significa vivir aquí!” “¡Cálmese! –le dijo el teniente alargando exageradamente la palabra con expresión teatral.– Y hábleme mejor de la pica que existe por entre esa montaña para salir camino adelante”. Ramiro enmudeció. “El maldito evangélico les tuvo que decir”, pensó. “¡Qué! –Siguió satisfecho el teniente–. ¿Quería guardarse el secreto? Pues no pudo. Y mañana nos va a sacar por ahí. Ustedes son como las mujeres, siempre están engañando, no se puede confiar nunca en ellas”. Ramiro no supo qué responderle tampoco. El teniente, sintiéndose victorioso, cambió el tema: “Esta noche, apenas coman, se encierran en la casa, y, a menos que yo los llame, no salgan por ningún motivo. Si escuchan tiros, arrójense al piso. Yo me recojo al cerrito. El sol ya bajó”. Ramiro, todavía desconcertado, preguntó con voz

conciliadora: “¿A qué horas podemos levantarnos en la mañana?” “Después que esté bien claro”, le respondió el teniente, al mismo tiempo que daba la vuelta y caminaba con el sargento hacia el sitio que había escogido para levantar su carpa. Ramiro esperó la cena en la cocina. Cuando Saray dejó todo organizado, se encerraron y trancaron la puerta. En la cama, Ramiro habló al oído de su mujer: “¡Qué día tan terrible! Desde que nos despertamos fue un solo susto”. “Esa gente no tiene nada que venir a buscar por aquí –le respondió ella.– ¿Dónde van a encontrar los compañeros?” “Pero pusieron ya un muerto y un herido –expresó Ramiro animado–. Eso está bien, los del otro lado del río cogerán temor de venir por acá”. “Yo escuché a los que cocinaban, comentar que el herido era uno de los Rojas, de ese lado –le dijo Saray–. Se había ofrecido a servirles como guía”. “Mejor todavía –dijo Ramiro–. Estoy pensando en lo de la pica. Esos tipos me van a obligar a sacarlos por ahí, a no ser que fuera pura sicología del teniente”. “No nos queda sino esperar –repuso Saray–. Lo importante es que se vayan rápido”. “Pero si no saben salirse, se van a chupar otra tirotera como la de hoy”, dijo Ramiro. “La que peleó fue Rosaura, ¿cierto? ¿Dónde estarán durmiendo?”, preguntó ella. “Apuesto que en el filo que hay detrás de donde Aparicio. Desde allá se divisa bien el filo de este lado, y la Escuela”, le respondió él. “Pobrecitos –volvió a decir Saray–. Esta noche hay luna llena y no creo que vayan a armar sus casas. Van a amanecer todos mojados. Ese filo es pelado”. “Ellos están acostumbrados a todo eso y seguro que se las arreglan –sentenció con cierto orgullo Ramiro.– Si están en ese filo, la comida se las mandan de la casa. El mono de Hortensia es muy bueno para esas cosas y quedó allá con ellos”. “También les oí a los soldados que van es haciendo un cruce –comentó Saray–, creo que es para Santa María”. “Entonces sí necesitan que los lleve por el desecho de la montaña –concluyó él–. Van a querer salir adelante, donde puedan descolgarse para el otro río”. “Van a pasar por donde los indios”, dijo ella somnolienta. “De pronto por más abajo”, corrigió él. Los niños ya se habían dormido. Una hora después todo fue silencio. La limpia claridad de la luna iluminó una larga noche en calma.

En la mañana, Ramiro y Saray salieron de su encierro sólo después que los soldados prendieron el fogón y se pusieron a preparar el desayuno para toda la tropa. Esto ocurrió casi a las 7. Saray se propuso ignorarlos. Sin embargo, cuando fue a buscar los huevos para el desayuno de su familia, se percató de que la canasta en que acostumbraba guardarlos no se hallaba en su sitio. De inmediato adivinó que habían sido hurtados. Con el enfado propio de la mujer que siente invadido y ultrajado el espacio en el cual reina sin objeción, se dirigió con largos pasos hacia el lugar donde estaban los rancheros de la



tropa. Una vez frente a ellos les soltó sin la menor vacilación: “¡Ustedes son unos abusivos! ¡Se robaron los huevos que eran para los niños! Ni siquiera averiguaron si se los podía vender. ¡Ladrones! ¿A eso es que vienen por acá?” Los soldados, sin lograr disimular del todo una sonrisa de burla, se pusieron a la defensiva. Uno de ellos le dijo: “¡Cuál! ¿De qué huevos está hablando? ¿Usted no respeta o qué?” El otro lo interrumpió y comenzó a decir con más tacto: “A esa cocina no hemos entrado nosotros, señora”. Y luego dirigiéndose a su compañero le preguntó: “¿Usted no vio entrar a ninguno ahí?” Saray no le dio tiempo para responder: “¡No! Ustedes que van a ver. Qué van a saber. ¡Que les hagan provecho, atrevidos! ¡Pero que me los pagan, me los pagan!” La ira de Saray era auténtica. “Vea señora –empezó el soldado más astuto–, si en realidad alguno le robó esos huevos me parece muy mal hecho. Hable con mi teniente. Si llegan a saber quién fue, se la cobran duro”. “Seguro, doña –dijo el otro, sintonizado con la manera como su compañero guiaba el asunto–. Nosotros no hace nada que bajamos aquí. De pronto algún vivazo estuvo por la noche y le hizo el daño. Revise a ver que no le falta nada más. ¡Es que dentro de nosotros vienen unos que son unas caspas!” La agitación y el escándalo formados por Saray atrajeron inmediatamente a Ramiro, quien la escuchó cuando salía hacia el potrero con el fin de buscar el par de vacas de ordeño. Más prudente que su mujer, decidió adoptar una actitud conciliadora. “Venga hija, eso no forme tanto alboroto. Más luego nos quejaremos al teniente”, le fue diciendo mientras la tomaba suavemente del brazo para conducirla de nuevo hacia la cocina. Una vez en ella le dijo: “Con tal que se larguen, que se traguen lo que sea, malnacidos. Hay que cobrarle al teniente, pero vámonos suavecitos, hija. No se le olvide que pueden hasta matarnos”. En el fogón, en voz baja, uno de los soldados decía al otro: “¿Si vio hermano? Esa vieja no se iba a aguantar. ¿Cómo será cuando se de cuenta que le falta la pava que le desplumaron aquellos anoche?” El otro le respondió: “En todo caso nosotros estamos limpios. No vimos. No sabemos nada. ¿Entiende?” El mismo Ramiro arregló el asunto con el teniente cuando éste bajó del cerrito, obligado por la intensidad de los rayos solares que bañaron toda el área descubierta. Ramiro agregó a la cuenta el valor de varios litros de leche, pues no había tardado en descubrir que los soldados también habían madrugado a ordeñar sus animales. El teniente pagó lo que le cobraron, no sin antes manifestar su profundo disgusto con sus hombres. Antes de salir de nuevo de la casa, en dirección al cafetal en donde se distribuía la tropa, previno a Ramiro: “Quiero que sepan de una vez por todas, para no tener problemas más tarde. Mientras permanezcamos nosotros aquí, nadie puede salir de esta finca, a nada. Si alguien llega a venir, tampoco podrá irse, tendrán que buscarle comida, por el tiempo que sea. Usted no puede trabajar sino por aquí cerca,

donde lo podamos estar viendo”. Quizás por el incidente de los huevos, no volvieron a bajar soldados ni cabos hasta la casa. El operador del radio tampoco instaló su aparato donde lo había hecho el día anterior. Las comidas preparadas las llevaban a repartir lejos. Sólo el teniente y el sargento llegaron un par de veces durante el día a la vivienda en busca de sombra, pero se sentaron aparte, en donde consideraron que podían conversar sin que los civiles pudieran escucharlos. Por esa razón, al caer la noche, Ramiro y Saray se hallaban por completo en el limbo acerca de lo que estaba sucediendo y las intenciones que pudiera tener el Ejército. Aparentemente se habían amañado en el sitio, pues no daban el mínimo indicio de que pensarán irse. El día había transcurrido sin ninguna alteración, pero sus horas tranquilas no lograron alivianar la tensión, por la larga espera que experimentaban, de una u otra manera, todos los vivientes presentes en la finca. Era evidente que la tropa no se movía por temor a ser golpeada nuevamente. Al estar situados sobre el lomo de una larga cordillera, lo más indicado sería avanzar por éste, pero si bien la posición inicial era alta y favorable, en adelante el curso del filo se prolongaba en forma sinuosa, con muchos descensos y ascensos, como columpios, lo que podía colocarlos en posiciones muy desfavorables. Además, avanzar era ir adentrándose poco a poco en la espesa montaña. Los guerrilleros no tenían que eliminarlos a todos, ni siquiera a la mayoría o a la mitad. Un solo hombre muerto o herido resentía gravemente al grupo. Cualquier cosa de más resultaría ganancia abundante para los atacantes. Esa certeza paralizaba al mando. Algunos de los soldados comentaban entre ellos que el día de morir se era uno solo, y que nadie fallecía a la víspera, para insinuar la posibilidad de partir sin demora. Pero en el conjunto en general, ninguno quería ser el muerto o el herido. Especulaban si no sería que estaban aguardando la aparición de la aérea, para que bombardeara delante de ellos con el fin de desalojar la guerrilla, pero no faltaba quien argumentara que eso no se podía esperar porque todo el peso de la aviación estaba recostado lejos, allá en Casa Verde. Ramiro y Saray desesperaban por la incómoda presencia de la tropa en la finca, y porque sabían que los muchachos tenían toda la disposición para pelear. En cierto momento, antes de dormirse, Ramiro comentó a su mujer: “Viéndolo bien, hija, creo que a todos debe pasarles lo mismo que a nosotros”. “¿Qué?”, preguntó ella. Ramiro continuó: “La guerra, que la guerrilla golpee al Ejército y duro, pero bien duro, nos gusta mucho. Pero siempre que sea en otra parte, no en la casa o al pie de uno, siempre que sea lo más lejos posible”. “Es cierto –aceptó ella-. Y en cambio, los que pelean sí tienen que hacerlo cara a cara donde les toque”. “Es que son revolucionarios –repuso Ramiro-. Hasta ahora entiendo la diferencia”. “¿Cuál diferencia?”, interrogó con curiosidad ella. “Es que ellos luchan ellos mismos, por eso son

revolucionarios. El que no se arriesga a perder la tranquilidad, sino que espera escuchar la noticia del triunfo por la radio o la televisión, sin meter para nada la nalga, no es revolucionario, por más que lo diga. Hablar es fácil. Vivir esto es otra cosa". Todas las comidas de ese día fueron preparadas durante las horas de claridad, así que al recogerse la familia no quedó ningún militar por la casa. Desde las primeras horas de la noche hubo un sepulcral silencio que se fue extendiendo sin interrumpir el sueño de ninguno, hasta que un disparo de fusil tronó con prolongado eco. Ramiro y Saray, que quedaron en el acto sentados y abrazados en su cama, permanecieron por unos minutos en esa posición, hasta cuando su temblor se disipó del todo, una vez advirtieron que ninguna otra cosa sucedía. "Faltan 25 minutos para las 2. Durmamos de nuevo. Seguro que algún soldado dejó escapar un tiro", fueron las palabras con las que Ramiro terminó de tranquilizarse él y procuró tranquilizar a Saray. Al tenderse nuevamente en el lecho, Saray cruzó la rodilla izquierda por entre las piernas de su marido y buscó la forma de anidarse entre sus brazos hundida contra su pecho. Con voz somnolienta, pero melosa y mimada, le habló: "Miro..." "¿Sí?", respondió éste. "Cuando se haya ido la tropa, vamos a estar junticos, bien rico, para celebrarlo. ¿Vale mi amor?", propuso ella. "Claro que sí, mamita. Acostaremos a los niños en el otro cuarto". Diciendo esto, Ramiro le buscó el rostro en la oscuridad, lo acercó a su cara tomándolo entre las manos y le estampó un beso húmedo en la boca. Pensó en cuánto quería a Saray y se fue durmiendo con el cálido recuerdo de su proposición. A él no se le habría pasado por la mente una cosa así hallándose en la situación que vivían. Pero a ella sí. Por eso la adoraba tanto. A Ramiro le pareció que no habían transcurrido sino unos pocos minutos cuando fue despertado por una voz que lo llamaba desde el patio: "¡Ey! ¡El civil! ¡Ramiro! ¡Levántese que mi teniente necesita hablar con usted!" Al encender la linterna, Ramiro escuchó que la voz se dirigía a otro: "Ya se despertó. Avísele a mi teniente". Luego miró de nuevo su reloj. Eran las 2 y 15. "¿Qué querrá?", preguntó Saray. "Tiene que ser para que los saque por la pica de la montaña", respondió Ramiro. Enseguida habló en voz alta: "¡Ya salgo! ¡En un minuto!" Después de permanecer afuera unos momentos, regresó al lado de su mujer: "Lo que le dije. Menos mal que hay una luna que parece un sol. Yo puedo llevar la linterna por si acaso, pero a ningún soldado lo dejan alumbrar. Ahí afuera están todos. Son como 50". "Pero, ¿por qué no esperan la mañana, cuando haya luz?", porfió su mujer. Ramiro le contestó: "Lo mismo le dije yo. Me trataron de imbécil. Lo que quieren es que el día los sorprenda en el camino, bien lejos de aquí. Cuando la guerrilla se percate de que se fueron, esperan haber puesto varias horas de por medio". Saray dijo sin pensar: "¿Y si tan pronto se marchen salgo yo hasta donde Aparicio y les doy aviso? Los compañeros deben

estar por ahí”. Ramiro la miró, fijando su atención en aquellos ojos negros de los cuales salía despedido un brillo de decisión, y le explicó: “Me echan adelante. De primero. La advertencia del teniente fue clara: En caso de cualquier cosa, la tropa lleva la orden de matarme sin vacilar. Mejor quédese quieta. Si a las 10 no he vuelto, no espere más”. Dicho esto la abrazó. Saray percibió que su marido tenía mucho miedo. A pesar de que su voz pretendía sonar segura, el jadeo de su respiración nerviosa y el ligero temblor de su piel denunciaban su verdadero estado. Entonces se pegó a él con fuerza y no pudo contener la embestida de las lágrimas que se le desgajó en silencio. Intentó pronunciar una palabra, pero un nudo en la garganta la obligó a callar. Ramiro la besó en la frente y se separó de ella. “Ruéguele a la Virgen del Carmen por nosotros, hija. Ella nos favorecerá”, fueron las últimas palabras que dijo antes de salir de la casa.

El resplandor de la luna llena contribuía a que se sintiera más helado el aire de la fría noche veraniega. La larga procesión inició su marcha desde la vivienda, tomando por el trillo angosto que se marcaba en medio del césped que crecía a uno y otro lado. De las bocas de los hombres se desprendía un vaho blanquecino, que ascendía rápidamente por sobre sus cabezas hasta confundirse con el aroma de las flores silvestres. Ramiro encabezaba el grupo volviendo de vez en cuando la vista atrás para cerciorarse de que lo seguían. Detrás de él, el rostro pétreo de un soldado de piel negra y fusil terciado se encargaba de recordarle, con el brillo diabólico de sus ojos fijos en él, la sentencia de muerte que pesaba sobre su ser en esos momentos. Después de un corto trecho, el desfile de uniformes camuflados y armas brillantes comenzó a colarse por entre un rastrojo mediano que anunció el fin del potrero y la cercanía de la montaña. Entonces la visibilidad sufrió su primera merma y con ella aumentó en cambio la incertidumbre de Ramiro. Jamás había hecho el recorrido por ahí a semejantes horas. La pica había sido abierta a golpes de machete hacía mucho tiempo, esquivando en su trazo los gruesos troncos de los árboles centenarios, colándose por entre las enredaderas de bejucos y por sobre las raíces, en un sentido que pretendía ser horizontal, cortando la pendiente de la cordillera que presentaba por aquella falda precisamente su mayor declive. La carga que cada miembro de la tropa llevaba en los equipos guindados a sus espaldas, y la necesidad de mantener sus manos ocupadas sosteniendo sus armas, comenzaron desde el mismo ingreso a la espesa selva a hacer evidente la dificultad del desplazamiento. No había forma de mantener el equilibrio del cuerpo con los dos pies apoyados uno al lado del otro, pues siempre el izquierdo se hallaba obligado a pisar más abajo del derecho en procura de evitar rodar por el abismo. La superficie del suelo tenía una forma caprichosa,

hundiéndose como en canal en las cañadas y elevándose ligeramente en los pequeños filos, forzando a una especie de zigzag en el avance de los hombres, haciéndoles moverse a veces en ascenso y otras en descenso, agarrándose como pudieran de los troncos más jóvenes y las ramas o raíces que pudieran alcanzar con sus manos. Hundidos de esa manera en la manigua húmeda, la oscuridad reinante hacía inútil el esfuerzo por mantener bien abiertos los ojos. Las escasas manchas que como parches blancos multiformes brillaban aquí y allá, eran los únicos remotos y nostálgicos testimonios de que en los cielos resplandecía la luna. Bajo la espesura, prácticamente todo se tornaba negro. Ramiro encendía su linterna por trechos para mirar por dónde era que iba a meterse. El resto de los hombres esperaban con ansiedad el instante en que los cocuyos encendieran sus fugaces luces verdes para alcanzar a observar dónde pisaban. La orden del teniente había sido marchar en absoluto silencio, y los suboficiales se empeñaban obstinadamente en hacer cumplir su determinación. Pero resultaba imposible la total subordinación a ello. Permanentemente los soldados estaban rodándose falda abajo, y había que hacer bastante barullo para lograr ubicarlos y reintegrarlos al grupo. Los que llevaban las inmensas ollas atadas a sus equipos en la espalda, no hacían sino chocarlas contra los troncos, las paredes y las rocas. Los hombres, ciegos en las tinieblas, se asustaban y gritaban llamando a los que los precedían, aterrados por la idea de extraviarse o ser abandonados. Sus canillas, sus rodillas, sus muslos, su pecho y sus hombros o sus cabezas se estrellaban constantemente contra obstáculos indeterminados que les salían al paso, chuzándolos o golpeándolos de manera sorpresiva, haciéndoles emitir todo tipo de quejidos y maldiciones. Los más diestros se consolaban con la idea de que peor que esa situación, era hacer aquel recorrido en el invierno. El armamento mismo constantemente se enredaba con la maleza. Ello obligaba al soldado a regresar atrás y enzarzarse en una violenta lucha con la extraña vegetación hasta lograr zafarlo, conduciendo su ya alterado ánimo al estado de furiosa exasperación. Pese a la baja temperatura del ambiente, todos los integrantes del grupo sudaban copiosamente, de manera tal que sus desgarradas vestiduras se les pegaban al cuerpo, fastidiando la piel con la mugre de musgo y tierra que recogían. Como bulliciosos testigos de aquel vía crucis, los animales de la noche, que seguramente sí los observaban con nitidez, lanzaban al viento todos los matices de su enigmático lenguaje. Los tétricos chillidos de las aves, los brinco intempestivos de los monos chasqueantes que les arrojaban pepas y excrementos desde las copas de los árboles, el canto misterioso de los grandes búhos meditabundos, el croar de las ranas gigantes y la música estridente de las chicharras chispeantes de orín, parecían manifestarles su reproche iracundo por el atrevimiento de profanar sus

ancestrales dominios. Aquellos sonidos, y otros que les resultaron absolutamente desconocidos, se encargaron de acosar sin pausa los ya bastante mortificados nervios de la tropa. Ramiro, sin carga alguna y de día, había tardado una hora larga haciendo ese cruce. Seguido por esa hilera de hombres que traía a su pensamiento el aspecto y las intenciones de las serpientes venenosas cuando avanzan, vio prolongarse el tiempo del recorrido hasta el amanecer. Eran casi las 6 cuando pisaron el camino. La última media hora habían logrado cubrir la distancia restante con mayor rapidez, gracias a que la claridad diurna sí poseía la potencia suficiente para colarse por entre el follaje y favorecer la visión, por más que las sombras se negaran a desaparecer del todo. Un grupo de 10 soldados recibió la orden de descargar sus equipos y explorar camino adelante un largo trecho. Además de detectar huellas humanas recientes, debían registrar a lado y lado en previsión de emboscadas. Otro grupo hizo lo propio camino atrás. El primero de los grupos cumplió su tarea llevando a Ramiro como cabeza de la vanguardia. El resultado final satisfizo al teniente, quien ordenó al sargento ubicar aseguramientos y organizar un descanso. Hacia las 7, Ramiro recibió autorización para volver atrás. Enterado, extendió con timidez la mano al teniente, quien se la estrechó ligeramente, diciéndole: “Mucho cuidado con lo que hable y haga de aquí en adelante. No se le olvide que somos una familia muy grande y el que nos la hace, nos la paga”. Ramiro le aseguró que no tenía por qué preocuparse y le deseó suerte. Luego dio media vuelta y caminó por la ruta por la que había llegado. Con cada paso que daba experimentaba un mayor alivio, como si la distancia que aumentaba entre él y aquellos hombres, fuera también un paulatino alejamiento de la muerte. La alegría se fue apoderando por completo de su ánimo. Al fin todo había terminado, y él, Saray, los pelados y los compañeros habían logrado salir bien librados del episodio. Quería estar ya en su casa, abrazar a su mujer, besar a sus hijos, encontrarse con sus vecinos y contar entre risas sus aventuras, celebrándolo todo con una gran fiesta.

Saray, que estaba en la cocina preparando el desayuno, escuchó cuando los niños gritaron con emoción. “¡Viene Miro, mamá! ¡Volvió mi papito!” Había tanta felicidad en el tono de sus vocecillas que se oían alejarse a toda prisa en dirección hacia el trillo del potrero al encuentro de Ramiro, que Saray dejó lo que estaba haciendo, salió al patio y gritó con todas sus fuerzas al ver a su esposo aproximarse hacia la casa. “¡Papiiii! ¡Gracias, Virgencita linda! ¡Gracias Dios mío!” Unos segundos después, toda la familia, amontonada sobre el pequeño escalón que formaba el piso del corredor con el patio, se abrazaba y lloraba pletórica de dicha. “¡Pues ya esa gente se fue, hija! –Repetía Ramiro

sin cansarse- ¡Podemos otra vez estar tranquilos!” Cada uno hacía el relato de las angustias soportadas durante aquellas horas y luego reían todos sepultando sus temores. Al cabo, Saray fue a la cocina y regresó con un vaso rebosante de limonada que Ramiro se bebió con avidez a grandes sorbos. Al terminar exclamó: “¡Bendito sea Dios!” Luego no fue sino procurar regresar a la normalidad de sus actividades diarias. Ramiro salió de su cuarto vestido tan sólo con una pantaloneta, se aproximó a la alberca y con una totuma de sacar el agua procedió a darse un merecido baño. Saray, en tanto, terminaba de freír unas tajadas de plátano maduro y las servía a la mesa junto con un par de enormes aguacates y unos pocillos de café en leche caliente. Mientras desayunaban, Ramiro advirtió que había que revisarlo todo con detenimiento, para precisar qué cosas faltaban. Todavía no dejaban la mesa, cuando Ismael y el Mono de Hortensia llegaron a la casa. Los saludos se convirtieron en un espontáneo festejo. Pasado éste, la pregunta de los muchachos fue: “¿Y qué se hicieron los chulos?” Casi en coro los de la casa respondieron: “Se fueron esta madrugada”. Al decir esto, toda la familia calló, como si hubieran percibido simultáneamente las implicaciones que podían tener las respuestas que dieran en adelante. La siguiente pregunta de los muchachos desvaneció por completo la alegría de Ramiro y Saray, y los hizo víctimas de un nuevo temor: “Pero, ¿cómo? ¿Por dónde? ¿Se devolvieron o qué?” El tono de los muchachos era cordial, más bien curioso, pero sin embargo hasta los niños se miraron a los ojos entre sí con signo de sentirse comprometidos en algo malo. Con un ligero titubeo, Ramiro intentó comenzar la respuesta: “¿Devolverse para la estación?... No... Se fueron...” Sus palabras cesaron ante la mirada expectante e interrogadora del Mono e Ismael. “Eso es obvio –dijo éste-. Pero, ¿para dónde?” Ramiro aventuró con prontitud: “Para adelante, hacia el fondo del filo”. Enseguida volvió a callar, mostrándose como atrapado en algo. Ismael y El Mono intercambiaron miradas de suspicacia, como si acabaran de descubrir que allí había gato encerrado. El que habló primero fue El Mono: “Pero por el camino no cogieron. A ver Ramiro, ¿pasa algo?” La palidez se fue apoderando del rostro de Ramiro, quien volvió sus ojos hacia Saray en busca de ayuda. Entonces ella explicó con el acento de quien se dispone a responder por lo que reconoce: “Salieron por la pica de la montaña después de las 2 y media de la mañana... Obligaron a Ramiro a guiarlos... No hace nada que lo soltaron”. Ismael levantó su pulso para ver la hora en el reloj y exclamó: “¡Por lo menos se hallan a 3 horas de aquí! Ya deben estar en Las Tumbas”. “Sí –confirmó Ramiro-. A las 7 me despacharon de la boca de la pica al camino”. Habló más tranquilo, aliviado por la ausencia de cualquier reproche en las palabras de Ismael. Sin embargo se precipitó a preguntar con evidente inquietud: “¿Será que los compañeros se molestan conmigo por lo

que hice? No sé si lo que me correspondía era negarme”. “No, hombre –le replicó Ismael–. Cualquiera habría hecho lo mismo”. Disipada su aprensión, Ramiro contó todo lo sucedido a partir del momento en que el Ejército hizo presencia en su casa, haciendo énfasis en que había escuchado con claridad que el saldo de la emboscada había sido de un soldado muerto y el guía herido. Terminó narrando los detalles de la marcha nocturna por la montaña y todo lo que habían sufrido los soldados en el recorrido. “A esa gente le fue muy mal”, concluyó con cierto pesar. Ismael y El Mono también los enteraron de las incidencias pasadas al lado de los guerrilleros. Después de la pelea, Rosaura y su grupo se habían replegado por el camino hasta el sector de los evangélicos. Luego buscaron por entre el rastrojo la ruta hacia la casa de Aparicio. A medio camino los esperaba Hernán con los suyos. Todo el grupo se había ubicado después, al caer la noche, en el cerrito de detrás de la misma vivienda. Ismael había llegado hasta ahí la tarde anterior enviado por Jesús. Tendidos entre el pasto y los matorrales de ese filo, que sólo frecuentaba el ganado, Hernán y los suyos estuvieron pendientes todo el tiempo de la tropa, de la cual observaban los movimientos en el plan de la Escuela, donde permaneció siempre una avanzada enemiga, y en la parte frontal del filo del cafetal de la casa de Ramiro. Apenas distinguían los hombres como puntos negros alargados, pero eso era suficiente para saber que permanecían ahí. Esa mañana, desde cuando despuntó la claridad, los guerrilleros notaron la ausencia de la tropa e Ismael y El Mono habían salido a comprobar si se habían movido, y a investigar la dirección que habían tomado. Ahora estaba todo claro y se trataba de llevarles la información a Hernán y Rosaura. Jesús y los suyos se encontraban aún en el filo en donde se ubicaron a aguaitar el posible paso de la tropa el primer día. A ellos los apoyaban de la casa de Ismael con la comida y la bebida, como al grupo de Hernán le colaboraba de igual forma Aparicio. “Lástima que el Ejército haya conocido la pica de la montaña –dijo El Mono–. Esa la abrimos junto con 2 guerrilleros hace 4 años ya”. “El que la delató fue el evangélico ese, Aníbal, el hermano del pastor –aclaró con vivo interés Ramiro–. Eso sí se llama ser sapo sin necesidad”. “Cierto –intervino Ismael–. Pero ya se llevó su buen castigo. Fue mucha la planera que le metieron los soldados. Y lo tuvieron aguantando hambre porque solamente ayer tarde lo dejaron ir”. “Eso le pasa para que sigan diciendo que entregándose al evangelio, el Señor los protege de todo mal”, completó con sorna El Mono. El par de muchachos se dispuso a volver donde los guerrilleros y Ramiro expresó su intención de recorrer la finca por los sitios donde permaneció la tropa. “Lo que va a encontrar es mierda por todas partes –le advirtió Ismael–. Esa gente no cava letrinas. Va haciéndose sus necesidades al lado de donde duermen, sin importarles tener que soportar la hediondez. El paso por ahí resulta



insoponible”. “Entonces, es de verdad que son como marranos”, sentenció con notorio disgusto Saray.

Casi era mediodía cuando reapareció en la casa el grupo completo de guerrilleros. El Mono había partido para donde su madre. Ismael había seguido de largo hacia la estación en busca de otras informaciones. Nuevamente Saray y Rosaura se dedicaron a preparar el almuerzo, y otra vez los guerrilleros fueron bañándose, lavando su ropa y poniéndola a secar. Parecía como si el tiempo hubiera regresado 48 horas atrás y nada hubiera sucedido en el intervalo. Ramiro volvió a hacer el relato de lo vivido por él y su familia desde que apareció el Ejército. Hernán se mostró desconcertado por el trato brindado por el Ejército a Ramiro. En su fuero interno estuvo temiendo por él en manos de un enemigo que solía ser brutal. Por eso comentó aparte a Rosaura que esa decencia le resultaba sospechosa. Ella indujo sus pensamientos hacia una posibilidad: “Es claro que su intención no era atropellar la gente, como si quisieran dejar una buena imagen tras su paso por aquí. ¿No será que están preparando una incursión grande de los paramilitares del otro lado del río?” “Es muy probable que sí –le respondió Hernán–. Estaban seguros de que no iban a encontrar guerrilla”. “Pero ahora que saben que estamos en el área, se van a ver obligados a cambiar sus planes”. “Sí –confirmó él–. En todo caso no creo que esto se haya terminado”. “Afortunadamente llegamos muy a tiempo, mi amor”, dijo Rosaura, al mismo tiempo que con picardía le oprimió de sorpresa la nariz con el dedo índice, y antes de darse vuelta para regresar a la cocina. La reaparición temprana de Ismael encendió automáticamente las señales de alarma de todos. En menos de 2 horas resultaba poco menos que imposible bajar hasta la estación, hacer averiguaciones con uno y otro, y regresar de nuevo al filo. Algo anormal tenía que haber hecho volver atrás al muchacho sin cumplir su cometido. Su propio aspecto y su semblante así lo revelaban. Quizás porque percibió la ansiedad en el rostro de todos, y quiso satisfacerla de manera inmediata, o porque consideró innecesaria la discreción en las circunstancias presentes, Ismael no llamó esta vez aparte a Hernán, como lo había hecho la primera vez, sino que soltó frente a él, cuidando de ser escuchado por los demás: “Hay más chulos en la estación. Llegaron anoche. ¡Casi me les meto a la boca!” “Ay, no puede ser. ¡Otra vez esos malditos!”, exclamó adolorido Ramiro en forma espontánea, al tiempo que desaparecía el color de su piel. Hernán y Rosaura, ya apercebidos de la inutilidad de emplear el secreto, pidieron a Ismael que ampliara más su informe. Éste, con voz todavía agitada, explicó: “Cuando iba bajando, entré donde doña Elvira, la viuda. Ella había enviado a su hijo Fernando a la estación, desde temprano, en compañía de un trabajador, a buscar una carga que le

avisaron había llegado para ella desde ayer en la línea. Me convidó a esperarlos y me pareció buena idea. Uno nunca sabe. La viuda se puso a contarme que el día de los tiros los soldados bajaron hasta su casa al muerto y al herido y que a éste le hicieron las primeras curaciones ahí. El tiro le dañó el hueso del muslo. El tipo quedará cojo para toda la vida. Los chulos estaban furiosos. Cuando subieron, habían entrado de paso a hablar con ella, por lo que después quisieron culparla de complicidad con la guerrilla que los estaba esperando. Ella prestó 2 bestias para bajar los cuerpos hasta la estación, de donde los sacaron en carro hasta el pueblo. Y no supo nada más después que se subieron todos al filo. Le conté que ya se habían ido, por lo que se alegró mucho. Pasó mucho tiempo, y como no regresaban los muchachos, me resolví a continuar. La viuda me suplicó que le dijera a su hijo que se apresurara. Pobre vieja. ¡Cómo quiere ese pelado! Cuando yo iba llegando a la estación, me encontré con la profesora de la escuela de abajo, que venía de allá. Fue ella quien me dijo que la tropa estaba en la estación y que tenían detenidos a cerca de 9 campesinos. Que no dejan pasar a nadie ni hacia arriba, ni hacia abajo. También me dijo que habían llegado en 5 camiones y que parece que vienen para arriba. Están tratando muy mal a la gente. Son aproximadamente 90 hombres. Ella pudo pasar porque le suplicó al teniente que la dejara volver a casa, a llevarle una droga a la mamá que estaba enferma, y por la cual había bajado a la estación. El teniente quedó de ir a visitarla. Si no es por ese encuentro, yo estaría detenido en estos momentos”. Mientras Ismael hablaba, sin que nadie se lo ordenara, los guerrilleros fueron recogiendo sus ropas de las cuerdas y empacándolas en sus equipos. Reían con resignación, y uno de ellos dijo: “Bueno, esa es la guerra. Habrá que quemarles otros tiros, para que aprendan”. Hernán, que escuchó el comentario del guerrillero, le dijo con toda serenidad: “Esta vez no será tan fácil. Tengan la seguridad de que no van a pisar caminos, y para subirse van a practicar las maniobras más inesperadas por entre el monte”. “Sí –confirmó Rosaura-. Y no se les olvide que el primer grupo está adelante. Ahora nosotros estamos en medio de ellos”. “Almorcemos y vámonos de aquí –ordenó Hernán-. No hay que amargarle otra vez la vida a estos compañeros”. Ramiro lo miró a los ojos y le sonrió con agradecimiento. Mientras Rosaura terminaba de ordenar y empacar sus cosas, Saray se situó junto con sus hijos a un lado de ella. La guerrillera, peinada con una trenza gruesa asegurada por un moño de vivos colores, no parecía especialmente preocupada. “Compañera –empezó a decirle Saray-, usted es una mujer muy valiente. No acaba de pelear con el Ejército y ya sale a hacerlo otra vez. ¿A usted no le da miedo?” “Miedo siempre da, compañera –le respondió la muchacha-. Lo que no hay es que dejarse dominar por él. Ellos son seres humanos, igual que nosotros, también les entra la bala, aunque digan que son de acero”. “Pero usted

es una mujer –insistió Saray–. Yo nunca sería capaz de hacer algo así. Me moriría del susto”. “Eso no va en que una sea hombre o mujer –le aclaró Rosaura en tono muy afectuoso–. Cualquiera de sus dos niños, la hembra o el varoncito, podrían ser guerrilleros mañana”. Al decirlo, miró a los pequeños que seguían sus palabras y sus movimientos con ojos de curiosidad. “¡Dios y la Virgen me los favorezcan de eso!”, exclamó Saray atrayéndolos hacia sí con fuerza. “Exactamente eso decía mamá de mi hermano y yo –le contestó Rosaura–. Él ya murió en la guerra, y usted me está viendo a mí. Ni Dios ni la Virgen tienen que ver con eso. Lo que yo veo suceder por aquí ahora con el Ejército y los paramilitares, es lo mismo que pasó por mi tierra hace 9 años. Lo que nos resolvió a ingresar a la guerrilla fue que mataron a papá”. “¿Y por qué lo mataron?”, preguntó Saray. “Por ser comunista –dijo fríamente Rosaura–. En este país siempre han matado a los comunistas. Claro que comunista puede ser cualquiera. Usted, el vecino, los pelados. Los que matan son los que dicen”. “Pero, ¿Por qué tienen que matarlos?”, preguntó Saray, ya bastante intrigada y con voz de desespero. “Porque son el pueblo que lucha, y el pueblo, según los que mandan, está hecho para obedecer y no para luchar”, le respondió Rosaura con lentitud, como si quisiera acentuar cada una de sus palabras. Luego agregó: “Pero eso genera a su vez más lucha ¿Comprende? De ahí nos vienen a nosotros las fuerzas para no dejarnos vencer por el miedo”. La muchacha se puso de pie y se acomodó el equipo a la espalda. Saray la vio ante sí muy hermosa, muy grande, muy segura. Emocionada, se abrazó a ella con fuerza, la besó varias veces en ambas mejillas y le dijo: “Que Dios y la Virgen me la guarden compañera, y a todos los demás también. Cuidense mucho”. En el mismo momento culminaba también un diálogo entre Ramiro y Hernán. Este último le decía al primero: “Bueno compañero, usted es quien resuelve. Por mí les recomendaría que dejaran todo con llave por unos días y se ubicaran en otro lado. Este sitio es paso obligado del Ejército, y no sabemos cuáles intenciones traigan esta vez”. Ramiro se ratificaba en lo suyo: “Eso es cierto compañero Hernán, pero mire, aquí están todas nuestras cositas, ¿quién nos respondería por ellas? Si estando nosotros acá, los soldados no dejaron de robarnos, ¿cómo será si encuentran esto solo? Y si nos vamos para otra finca, ¿quién nos garantiza que allá no van a llegar ellos? En ese caso lo mejor sería salirse al pueblo. No. Vamos a esperar aquí. Mi Dios es muy grande”. “Siendo así, Ramiro, en lo único que nosotros podemos ayudarlos, es con el compromiso de evitar los combates en este sector. No queremos verlos nuevamente en manos de la tropa enfurecida”, le prometió Hernán. Ramiro le respondió con sincero orgullo: “Y por mi parte, me comprometo a servirles en lo que está a mi alcance. Ustedes saben que pueden contar conmigo, compañero”. El par de hombres se estrecharon con fuerza las manos.

Seguidamente, uno por uno, los guerrilleros se fueron despidiendo con mucho cariño de cada miembro de la familia. Una vez hubieron salido todos de la casa, Ramiro y Saray sintieron una opresión inmensa dentro de sus pechos, como cuando se acaba de perder a un ser muy querido y se está a punto de llorar.

No había transcurrido mucho tiempo desde la partida de los guerrilleros cuando El Mono apareció por la casa otra vez. Venía a convidar a Ramiro para la finca de sus padres, en donde habían decidido sacrificar una novilla. “La idea –explicó El Mono– es arreglar una carne para que los compañeros tengan suficiente provisión para estos días. Ustedes traerían la que necesiten. También los otros vecinos. Es mejor andar prevenidos”. También les contó que había hablado al respecto con Hernán. Ismael y su hermano, Jacinto, iban a estar pendientes de los movimientos de la tropa y se encargarían de dar aviso cuando iniciara el ascenso hacia el filo. Los guerrilleros iban a esperar entre el monte, a prudente distancia, en un sitio que habían acordado. “Nos hacen falta manos para la tarea de la carne y pensamos que en eso usted nos podría ayudar”, terminó de explicar El Mono. Eran casi las 4 de la tarde cuando el par de amigos fue saliendo rumbo a la casa de Hortensia. 3 horas después las tinieblas cubrían la cordillera de El Volante. Ésta era una inmensa prolongación que venía desde el corazón mismo de la sierra cayendo hacia las tierras planas de una inmensa sabana costera, y estaba flanqueada por 2 ríos de aguas corrientosas. Por cada una de sus caras se descolgaban caños menores que bajaban por los cañones abiertos entre la falda dando forma a su vez a otros fillos que tenían el aspecto de largos brazos descendentes. Desde la autopista central que bordeaba la sierra, partían adentro de ésta varias carreteras, todas muy rústicas, que se iban encaramando hacia las veredas lejanas. Una de ellas subía medianamente paralela al Río Tucurinca, abriéndose en diversas ramificaciones hacia algunas fincas, o según los obstáculos que le enfrentara el relieve. El primer desecho de importancia se abría hacia el sur, cruzando por el lomo de la cordillera de El Volante, donde sus últimas estribaciones aún lo permitían, para luego descender sinuosamente hacia el otro río. En un punto intermedio de este desecho se hallaba ubicada la estación de El Volante, lugar en donde descendían los pasajeros de la línea que llevaba ese destino. De esta estación partía el camino hacia arriba, a lo largo del espinazo del filo, efectuando infinidad de giros y revueltas según la caprichosa forma de éste. El segundo desecho de consideración se hallaba más arriba, en el vértice conformado por el filo de La Fuente, en el lugar donde moría tempranamente a orillas del Río Tucurinca. Ahí estaba ubicada la otra estación, la que llevaba el nombre de éste. Una trocha que se abría a mano izquierda alcanzaba a

ascender brevemente por la orilla del río y tras cruzarlo por el puente se perdía hacia las veredas del otro lado, aunque no subía demasiado. Y de esta estación, también se abría a mano derecha otra trocha hasta la estación de La Fuente, que era precisamente a la cual había llegado el Ejército por segunda vez en estos días. La patrulla que fue emboscada por Rosaura el primer día, había subido de la estación de La Fuente por un camino menor, en busca del camino real de El Volante. Las previsiones de Hernán señalaban que la nueva patrulla no usaría ya esta vía, ni ninguna otra transitable, sino que iba a aparecerse de manera sorpresiva en lo alto de la cordillera, valiéndose para ello de uno o varios de los filos o cañadas que caían hacia la quebrada. Por eso, aunque los guerrilleros permanecieron sobre la cordillera, prefirieron ubicarse en la cúspide de uno de los brazos que comenzaba a descolgar hacia el río Aracataca, de manera parecida a cuando estuvieron donde Aparicio. Desde allí confiaban en enterarse del lugar exacto en donde repuntaría la tropa, conservando la posibilidad de maniobrar con amplitud sin correr el riesgo de ser asaltados. Hortensia, en su casa, acosaba al grupo que arreglaba la res a un lado del patio, para que le entregaran una carne con el fin de prepararla frita con plátano cocido para la comida. También quería enviársela a los guerrilleros así preparada, tal como se lo había prometido a Hernán por intermedio de su hijo, El Mono. Los cuchillos bien afilados brillaban en las manos ágiles a la luz de las velas que iluminaban la escena del sacrificio. Guindada de un clavo hundido en una de las columnas del corredor, una radiograbadora dejaba desprender al viento las notas de una alegre música de acordeón, y de rato en rato, cualquiera de los presentes echaba mano a una botella de aguardiente que reposaba al lado de la mesa y ofrecía en una pequeña copa un trago a cada uno de los que trabajaban. La gente estaba de buen humor, hacía bromas y celebraba con fuertes risotadas los apuntes y los chistes que surgían de la boca de uno y otro. De repente hizo su aparición en el patio, con visibles síntomas de ahogo que revelaban el afán con el que debía haber corrido para llegar hasta ahí, Doris, una mujer que vivía a unos 20 minutos filo adelante. Convivía con un evangélico llamado Santiago, y desde cuando hicieron presencia los paramilitares en la estación, había roto prácticamente las relaciones con quienes no fueran creyentes. Era joven, con cierto atractivo físico y de apostura fuerte. Hortensia exclamó sorprendida al verla llegar así: “¡Vé! ¿Y ésta mujer de dónde sale? ¿Qué le pasa, mija?” La mujer tomó asiento en un banco de madera, recibió un vaso de fresco que le pasó Hortensia, del cual bebió lentamente la mitad del líquido, y luego recitó, haciendo el deber de que el tono de su voz sonara completamente neutral, ausente de cualquier sentimiento de afecto: “Traigo una razón que les manda Santiago. Los soldados que pasaron esta mañana hacia Las Tumbas vienen de regreso por todo el camino. No

deben de tardar en llegar a la casa. Julián los vio cuando venían donde el hermano David”. Varios de los que la escucharon dejaron escapar simultáneamente un “¿Cómo?”, de incredulidad y preocupación. El Mono preguntó sin ningún destinatario específico: “¿Y por qué no han traído ninguna razón los que están pendientes de eso arriba?”. Ramiro especuló preguntándole a su vez: “¿Sería que se dejaron agarrar?”. La mujer volvió a ratificarse en su versión. El desconcierto se pintó en el rostro de todos. En dos minutos la decisión estaba tomada. El Mono y uno de los obreros de Hortensia corrieron rápidamente al potrero en busca de las mulas. Los otros comenzaron a embalar las presas del animal en sacos de fibra para llevarla cargada en las bestias hasta la casa de Aparicio. “¡Ustedes terminen de arreglar esa carne allá! –dijo Hortensia– ¡No vamos a dejar que los soldados se coman ni una sola presa de esta carne!” Ramiro y otro de los obreros de Hortensia emprendieron veloz carrera hacia el cerro donde esperaba la guerrilla, con el fin de darles oportunamente la infortunada noticia.

El centinela que cubría el flanco desde el cual se divisaba el camino, vio venir a lo lejos un par de linternas que se acercaban con mucha prisa, y comunicó la novedad. “Tal vez sea por fin la comida”, le comentó Jesús cuando acudió en su llamado. Todo el grupo de rebeldes permaneció a la expectativa durante los largos minutos que tardaron en aproximarse hasta ellos las luces. A medida que se acercaban los que venían, los guerrilleros fueron distinguiendo con mayor claridad las voces agitadas y alarmantes que se intercambiaban. “Alguna mala razón traen”, advirtió Rosaura de primera. “Esperemos”, le recomendó Hernán. Cuando los que venían llegaron al sitio, los muchachos vieron a Ramiro, completamente aterrorizado, haciendo aparición ante ellos. A su lado, con aspecto de alma a quien lleva el diablo, se colocó el obrero que lo acompañaba. A pesar de sus esfuerzos, no fueron capaces de pronunciar palabra como consecuencia de la asfixia. Hernán ordenó que les prepararan rápidamente un fresco. Sus cabezas estaban completamente despelucadas y las huellas de sangre del animal en sus ropas y manos les conferían una apariencia más tétrica. Cuando al fin pudo hablar, Ramiro soltó de un solo golpe: “¡Compañeros, se devolvieron los chulos de Las Tumbas! ¡Ya vienen por donde David!”. Hernán y Rosaura intercambiaron una mirada de asombro, y él preguntó a los recién llegados: “¿Quién trajo el aviso? ¿Quién los vio?” Ramiro se apresuró a responder: “¡La mujer de Santiago!... Julián los vio llegando a esa casa y le avisó a Santiago. Él mandó a su mujer a traernos la razón”. “¿Y por qué no mandaron a avisar nada los Acosta? Ellos quedaron encargados de eso”, fue la pregunta que brotó a los labios de Rosaura. “¡Sería que los cogieron!”, respondió en tono afirmativo Ramiro. “Me parece muy extraño –terció

Alicia-. Esos muchachos Acosta son muy lisos, y saben mucho de monte. No son de los que se dejan agarrar, menos si están pendientes”. “Pero si fuera cierto lo que dicen que vio Julián -intervino Hernán de nuevo-, tiene que ser porque la tropa de la estación está por subirse al filo. Si es que no lo ha hecho ya”. “¡Pero ninguno de los milicianos nuestros ha venido a comunicar nada!”, insistió Rosaura. “Eso es verdad -dijo con serenidad Hernán. Pero mientras confirmamos lo que dicen, no podemos arriesgarnos a ser encerrados por el enemigo aquí. Lo mejor es movernos a otro lugar un poco más apartado”. Dicho esto, Hernán convidó a separarse un poco del grupo a Rosaura y Jesús, y tras discutirlo en voz baja unos segundos, tomaron la resolución de pasarse al filo de más abajo, a esperar por ahí en la media falda. “Por ese lado hay buenos rastros donde escondernos y permanecer quietos mientras verificamos las cosas”, admitió Rosaura. “Sí -recalcó Hernán-. Y poniéndonos en contacto con los milicianos, podemos restablecer la vigilancia de la parte alta con mayor seguridad”. Enseguida llamaron a Ramiro y al grupo y Hernán le dio al primero un punto de referencia para que cuando aparecieran los muchachos, pudieran ponerse de inmediato en relación con ellos. Hecho esto, los guerrilleros se aprestaron para partir. Rosaura, al frente de una formación en línea, dispuso lo concerniente a las medidas de seguridad para la marcha y el tipo de maniobra a realizar en caso de que llegase a producirse un choque. Ya la luna comenzaba a levantarse en el cielo y la oscuridad empezaba a ceder lentamente. El desplazamiento se haría sin encender ningún tipo de luz, e iba a llevarse a cabo por campo traviesa, evadiendo incluso los desechos que conducían a las viviendas. Hernán le orientó a Ramiro ya casi para partir: “Devuélvanse ustedes por todo el camino. No es conveniente tampoco que alumbren. La luna les bastará”. El obrero manifestó entonces con cierto dejo de afán: “Compañero, yo he trabajado cogiendo café en todas las fincas de ese lado y me conozco muy bien todos los recovecos del terreno. Si ustedes quieren los acompaño, puedo serles muy útil”. La propuesta no desagradó a Hernán, quien, luego de analizarla con Rosaura y Jesús, dio su asentimiento. Ramiro se despidió en ese instante: “Yo me voy ya compañeros. Saray y los pelados están solos en la casa otra vez y no quiero que los encuentre así la tropa”. Diciendo esto fue apretando la mano a cada uno de los combatientes y deseándoles suerte. Su rostro dejaba traslucir varios sentimientos. Al despedirse de Hernán, sus ojos se llenaron de lágrimas, que sin embargo, no rodaron. “Tenga ánimo Ramiro. Cualquier rato nos vemos en unas condiciones diferentes -le dijo éste dándole un abrazo-. En todo caso es bueno ir acostumbándose, estos no son sino los primeros sobresaltos de la guerra. La lucha contra los asesinos va a ser muy larga”. Ramiro, notablemente conmovido, le respondió: “Sí compañero, pero tarde o temprano la ganaremos”. “Eso Ramiro, así es como

hay que pensar –le replicó Hernán–. Por sus hijos y los míos, por los de todos”. Al separarse cada uno tomó una dirección opuesta y avanzó embebido por sus propias preocupaciones, bajo un cielo en el que se desvanecían lentamente las estrellas al ser absorbidas por la blancura de la luna. Ramiro detuvo sus pasos unos 50 metros adelante para mirar el grupo por última vez. Vio que el obrero de Hortensia ocupaba un lugar en el centro de la fila de guerrilleros, y pensó por un momento antes de continuar: “Mira. Los compañeros no echan adelante al guía, como sí lo hacen los soldados”.

Saray se puso de pie tan pronto como conoció los pasos de Ramiro que se acercaban a la casa. Antes de que éste llamara ya ella había quitado la tranca, abierto la puerta y salido al patio. Por los sonidos tan familiares que emitía el caminado de Ramiro, supo que su marido venía solo, y porque los escuchó ligeramente más acelerados que de costumbre, adivinó que otra vez las cosas volvían a complicarse. Cuando observó su silueta avanzando fatigada en la distancia y reconoció el brillo de sudor sobre su piel, tuvo la certeza de que el Ejército se aproximaba de nuevo. Sus manos vacías le significaron que lo de la carne había quedado interrumpido y se preguntó si sería que los soldados se hallaban ya donde Hortensia. Por eso no la sorprendieron la sarta de explicaciones que soltó su esposo. Prácticamente ella lo había intuido todo. Tras oírlo, entró en la cocina y le preparó una jarra de limonada, que puso a su disposición con un vaso, en la mesa a la cual Ramiro se había sentado ya. Luego pasó a su aposento y volvió a salir con la pantaloneta de Ramiro y una toalla en sus manos. Entregándoselas a él, le dijo con apresuramiento: “Báñese mijo, que yo voy a lavarle de una vez esa ropa. Si llegan los soldados y la ven así, quizás qué cosas se van a imaginar. Después le sirvo la comida”. Era algo más de las 10 de la noche cuando la pareja se recogió a dormir. Tanto Ramiro como Saray pensaban que no les quedaba otra cosa distinta para hacer que esperar. Tenían miedo, pero el miedo de esta noche era distinto al de la primera vez. Ahora tenían claro que la tropa se aproximaba y que seguramente iba a presentarse de nuevo por su casa. Pero a la que estaba en el río ya la conocían. Además, la presencia de la guerrilla en la zona ponía las cosas de otro color, les infundía valor. El Ejército iba a tener que vérselas con los compañeros de las FARC y eso de alguna manera los ablandaba. No era lo mismo andar por ahí atropellando y matando gente sin ninguna consecuencia, que moverse con la incertidumbre de ser golpeados por una guerrilla que surgía de súbito, como los fantasmas, y luego se esfumaba. “Mija –le decía Ramiro para animarla más y a su vez llenarse él de optimismo–, el Ejército nos necesita. En estos momentos no van a querer



tenernos en contra. Va a ver que llegan pisando suavemente. Ellos también se asustan". Ella lo confirmaba en esa idea: "Sí, saben que si nos hacen daño hay quien se lo cobre doble". Conversando de esa manera se fueron quedando dormidos. Sólo las luces de la madrugada lograron poner fin al pesado sueño en el que estuvo sumida toda la familia a lo largo de la inalterable calma nocturna. Como a las 8 de la mañana llegó El Mono de Hortensia. Hasta ese momento no había el menor signo que denunciara la presencia de los soldados por los alrededores. El muchacho traía un saco que contenía algunos kilos de carne y hueso. Sus palabras fueron tranquilizadoras: "Lo que todo indica es que el aviso sobre el regreso del Ejército de Las Tumbas es falso. Hace un rato bajaron en bestia Nicanor y Alonso. Nos aseguraron que por la finca de ellos no había pasado nadie ayer y ellos viven mucho más allá que David. Eso fue cosa de los evangélicos, que seguramente querían ver a la guerrilla fuera de por aquí". "¡Sinvergüenzas! –Bramó Ramiro–. Semejante susto que nos hicieron pasar. ¿Ustedes fueron donde Santiago?" "Esta mañana tempranito se llegó hasta allá Aparicio –respondió el Mono–. El desgraciado dice muy serio, ustedes saben cómo son ellos, que él solamente cumplió con informar lo que vio Julián. Con decir que el poder del Señor es muy grande, lo resuelven todo". "¡Qué gente esa! –Replicó Ramiro–. Ni porque el Ejército maltrató al hermano del pastor". "¿Saben qué dicen de eso?", preguntó El Mono. "¿Qué?", preguntaron a un tiempo Ramiro y Saray. "Pues que la culpa toda la tuvo el mismo Anibal, porque muy bien le había advertido el Señor, por intermedio de su hermano, el pastor, que diera un rodeo y evitara pasar por ahí. Así que la paliza y el hambre que soportó, obedecieron a que desconoció la voluntad del Señor. Ahora más encima creo que le van a hacer pagar penitencia". Ninguno de los tres pudo contener la risa. Ya más calmados, Ramiro preguntó: "¿Y Nicanor y Alonso siguieron para la estación?" "No –contestó El Mono–. Se devolvieron. Los soldados que estaban allá, amanecieron hoy más adelante, donde Rosario. Ahí los dejaron Ismael y Jacinto que quedaron desayunando en la casa. ¿No hay ninguna razón para ellos de parte de Hernán?" Ramiro le relató todo lo ocurrido la noche anterior, después que les llevó el aviso a los guerrilleros, y le especificó el punto en donde los milicianos podían hacer contacto con ellos. Le recomendó darles cuenta de esto lo más pronto posible, para que los buscaran cuanto antes. Cuando El Mono se aprestaba a volver atrás, Ramiro lo detuvo un momento con una última pregunta: "¿Será que los chulos se montan hoy al filo?" "Yo no creo –respondió éste con mucha seguridad–. Cuando Ismael y Jacinto se vinieron esta mañana, los soldados tenían prendido ya un fogón y estaban pelando un marrano que compraron. Eso se pasan todo el día de hoy por ahí. Pero en la noche sí que se van a subir. Avanzan es con la luna y sin pisar caminos. Mañana sí vamos a tenerlos por aquí". Los

cálculos de El Mono resultaron proféticos. Las horas fueron transcurriendo con lentitud, sin ninguna señal de alarma, hundiéndose mansamente en el soporífero calor del día de verano. Cuando ya caía el sol volvió a aparecerse El Mono, dueño una desenvoltura aun mayor que en la mañana, con el propósito de hacer saber a Ramiro y Saray que las cosas estaban esclareciéndose de manera cada vez más favorable. Ismael y Jacinto debían estar a estas horas con los guerrilleros o trabajando para ellos, pues desde por la mañana habían ido en su búsqueda, mientras que los Acosta no tenían mucho tiempo de haber llegado para confirmar que el Ejército de Las Tumbas nunca había dado vuelta atrás, sino que por el contrario, se había descolgado rumbo al río Aracataca. Por ese lado el peligro había desaparecido. “Los muchachos están bien ubicados –comentó Ramiro–. No van a poder sorprenderlos. Vamos a ver cómo les va de mañana en adelante”. Con esa expectativa viva, la noche volvió a caer sobre los habitantes de la vereda.

Al día siguiente, Ramiro y Saray se levantaron temprano y salieron al patio. Apenas habían tenido tiempo para cepillarse los dientes y montar la olla de café al fogón, cuando vieron acercarse hacia la casa, por el trillo que conducía desde el camino por el lado de la escuela, un grupo de soldados vestidos con trajes camuflados. “Llegaron al fin”, le susurró Ramiro a su mujer. “Hagámonos como si no pasara nada”, respondió ella. Eran solamente 6 hombres y una vez se hallaron en el patio, uno de ellos les habló con un tono nada cordial: “Buenos días”. Su gruesa voz sonó cortante. La pareja le respondió al unísono con una réplica idéntica de sus palabras. Saray, con una escoba en la mano, barría el patio. El soldado preguntó: “¿Aquí es donde vive Ramiro?” Éste contestó con calma: “Sí, señor. ¿Para qué soy bueno?” El uniformado lo miró por unos instantes a los ojos y luego le respondió: “No. Por ahora no. Sólo quería conocerlo. Me lo recomendaron”. Un silencio largo flotó en el ambiente. Buscando cómo romperlo, Saray dibujó una sonrisa de amabilidad y luego habló imprimiendo a sus palabras un acento de confianza: “Aquí estuvieron durante varios días los soldados que vinieron el lunes, pero a ustedes no los vi. ¿Van a tomar café?” Sin modificar para nada su estilo seco, el soldado respondió: “Si ya está preparado, sí. No podemos demorarnos”. Al ver a Saray dirigirse inmediatamente hacia la cocina, el soldado agregó bajando la voz: “Somos de otra patrulla”. Volviendo la vista hacia Ramiro, le preguntó repentinamente: “¿Dónde fue que hubo una pelea por aquí estos días?” La cara de los soldados que lo acompañaban se iluminó al instante con la expresión de quien está ansioso por conocer una información. Ramiro explicó: “Fue allí abajo. Por el camino que viene de la estación”. Entonces intervino otro de los soldados para preguntarle: “¿Y dónde están enterrados los 7 guerrilleros muertos?” Ramiro y Saray, quien salía en ese momento

de la cocina con dos pocillos de café en las manos, se miraron a los ojos con sorpresa. Al observar su actitud, el primer soldado interrogó: “¿Qué fue?” De nuevo los ojos de Ramiro y Saray volvieron a encontrarse y el embarazo que demostraron fue suficiente como para que su interlocutor supiera que no sabían cómo contestar aquello. Sin embargo, Ramiro empezó a decir con titubeos: “Por aquí no ha habido noticia de muertos... Sólo de un soldado herido... Fue lo que comentó la tropa que estuvo por aquí”. Saray acudió en su ayuda: “La gente que fue a mirar el sitio lo único que encontró aparte de unas jeringas y gasas, fue un mapurito muerto”. “¿Un qué?”, volvió a preguntar el soldado con cierto aire burlón. Saray le aclaró: “Un mapurito, un zorro de esos que hieden”. “¿O sea que no es cierto que mataron 7 guerrilleros?”, insistió el soldado. “Pues hasta ahora que hablan ustedes de eso, nosotros no le oímos a nadie mencionar de guerrilleros muertos”, ratificó esta vez Ramiro. Su respuesta originó risas jocosas entre los soldados. “¡Qué gente tan embustera! –exclamó uno de ellos. Si no subimos hasta aquí, hubiéramos seguido convencidos”. “¡Bien bombero que es mi teniente Navarro!”, complementó otro. Después de celebrar con burlas y sarcasmos el descubrimiento de la farsa inventada por sus compañeros, el soldado que parecía responsable del grupo se dedicó a interrogar a Ramiro sobre la ubicación de las viviendas, el curso de los caminos y las diferentes distancias de un lugar a otro. Saray había distribuido pocillos de café aromático y negro entre los soldados, y varios de ellos ya se los habían entregado vacíos en sus manos. Mientras respondía a las preguntas, Ramiro pensó en que muy probablemente el teniente de la anterior patrulla le había dado referencias a éste sobre él por intermedio del radio de comunicaciones. “Cuentan conmigo como guía”, se dijo en voz baja. Quizás con la intención de sentirse más seguro de las indicaciones de Ramiro, el soldado quiso confirmar sus descripciones: “Entonces, el camino que va desde la escuela por todo el filo bajando, sigue de largo hasta la estación de El Volante, ¿cierto?” “Sí, señor –le respondió Ramiro–. Son dos horas a paso rápido”. “¿Y es todo cubierto?”, preguntó de nuevo el soldado. “Por partes –dijo Ramiro adoptando un aire de querer ser comprendido perfectamente–. Tiene montaña, cafetales, rastrojo y hasta potreros. Y tampoco es que sea todo bajada, tiene sus subidas cortas también en algunos trechos, usted sabe bien cómo son los filos”. El soldado pareció agradecido por la explicación, y, con un tono de mayor confianza en la voz, preguntó si había casas ubicadas a la orilla del camino. Ramiro le respondió que una que otra y agregó: “Lo que se halla más son los portillos de entrada a las casas situadas en la falda. Es por el agua. El campesino busca las quebradas o los caños para levantar el rancho al pie, y en el filo no hay de eso”. La forma en que Ramiro le hablaba al soldado, y la atención que éste ponía a sus palabras, revelaban que las

prevenciones entre ellos iban desapareciendo. Por primera vez, el soldado preguntó a Ramiro sin asomo alguno de superioridad: “Oiga Ramiro, ¿Será que hay guerrilla por aquí cerca?” Ramiro vaciló. El soldado lo miraba fijamente a los ojos. Tras pensarlo por un par de segundos, respondió: “Puede haber, como puede no haber. Si yo le aseguro que hay y resulta que usted no se encuentra con nada después, va a acusarme de embustero. Si le digo que no hay nada y luego resulta que les pasa algo, también voy a quedar por embustero y más comprometido todavía. Según dijo el otro teniente aquí, los guerrilleros que los tirotearon a ellos huyeron fue hacia arriba. Por donde los evangélicos los vieron pasar. Eso haría pensar que por aquí no hay ninguno de ellos ya, pero podrían haberse devuelto sin que nadie los viera o podría haber otros distintos. Ojalá que nadie de esa gente estuviera todavía por acá. El susto que se mete uno con esas balaceras no se puede comparar con nada”. El soldado mudó su expresión por otra de escepticismo, al tiempo que sus labios chasqueaban en señal de inconformidad. Otro dijo atrás: “Ese es el mismo cuento de todos. De ahí no los saca uno”. Volviendo a su arrogancia inicial, el soldado que había estado interrogando a Ramiro expresó: “Puede que sea así, pero peor para ellos”. Diciendo esas palabras se despidió con un gruñido y fue saliendo de la casa. Los demás lo siguieron. Ramiro y Saray los vieron ascender por el trillo y perderse entre el cafetal. Entonces él dijo con voz que solamente alcanzara a escuchar ella: “Tienen ganas de bajarse por todo el camino y se pueden es llevar su otra muenda. Para ese lado es que están los compañeros”. “Sería bueno –respondió ella–. Así cogerán miedo de volver y nos dejarán en paz”.

Algo más de una hora después, y habiendo tomado ya su desayuno, Ramiro salió de la casa con una rula y una lima en la mano, y tomó el trillo por el que habían partido los de la tropa. Estaba completamente seguro de que el Ejército se había descolgado por el camino con destino a la estación y por ello se sentía lleno de optimismo. Si había algún combate, esta vez sería lejos de su finca. Fue una verdadera sorpresa para él cuando al tomar por el filito del cafetal, observó que un numeroso grupo de soldados se hallaba disperso por todo el plan, como posesionado del terreno, con la propiedad de quien piensa quedarse. No tuvo tiempo de pensar en mayores cosas porque la voz de un centinela hosco lo interrogó de repente: “¿Para dónde va usted?” Ramiro vio al guardia a un lado del trillo, a unos 2 metros delante de él, medio mimetizado con una mata de café. Con evidente turbación, le respondió: “Yo venía a empezar por este lado la limpia del cafetal, pero no sabía que ustedes estaban acá”. “Pues le tocará empezar por otro lado...”, empezó a decirle el posta, siendo interrumpido intempestivamente por varias detonaciones de fusil a lo lejos.

Automáticamente el hombre se tendió boca abajo y le ordenó a Ramiro con un bramido que se arrojara al piso también. En menos de un segundo la balacera se hizo bastante cerrada y comenzó a ser acompañada por el retumbar de las explosiones de granadas y bombas en la misma dirección. En su inicio, Ramiro creyó reconocer el mismo concierto de fuego cruzado que había escuchado el día de la primera emboscada de Rosaura, y sintió una secreta satisfacción al pensar que de nuevo la guerrilla les estaba dando su merecido. Alcanzó a preguntarse en qué lugar sería la pelea. Pero a esa idea estimulante siguió luego la confusión total. Allí mismo, a un par de metros de él, se inició el traquetear de las ráfagas y los tiros. A ello se agregaron gritos desesperados de los soldados, maldiciones, órdenes contradictorias. Ramiro se sintió en medio de un combate y creyó que iba a desfallecer por obra del pánico. Nunca antes en su vida había escuchado tan cerca los disparos de fusil y de ametralladora, y el ruido de cada uno de ellos le sonaba de una magnitud aterradora. Por un momento tuvo la certeza de que todo había terminado para él, que no saldría de allí con vida. Hasta llegó a desear en un instante que la muerte acudiera de una vez en su ayuda para librarlo de aquel horror. Se imaginó sintiendo en su cuerpo el poderoso golpe de los proyectiles que se encargarían de despedirlo de este mundo, y se dijo que no debían doler porque el final de la vida vendría con ellos en forma inmediata. En medio del terror que sentía cruzó por su mente la amargura de no entender lo que estaba sucediendo a su alrededor. No había razón, no la había, para que se presentara un enfrentamiento en su finca. Los compañeros se lo habían prometido. Su angustia llegó al paroxismo cuando se acordó de Saray y los niños y se imaginó el susto tan descomunal que estarían pasando con aquello. Volvió a desear morir. De pronto empezó a escuchar un coro de voces que se elevaban cargadas de ira, insistiendo una y otra vez: “¡No disparen! ¡No disparen, que no es con nosotros!” A la par con él, las armas se fueron silenciando una tras otra. El centinela que había permanecido tendido a su lado, se puso de pie y lentamente dijo: “¡Tanto escándalo y la cosa es con los que salieron a la exploración hace como una hora!” En menos de un minuto se puso fin al caótico desorden que había cundido entre los soldados, quienes se habían dejado llevar por el miedo cuando uno de ellos, nervioso, comenzó a disparar alocadamente contra sus imaginarios atacantes. Los soldados se ponían de pie en medio de las vociferaciones de los mandos que los insultaban con enardecidos reproches acompañados de palabras soeces. Alguien gritó: “¿Y qué hace ese civil tendido ahí?” Se refería a Ramiro. El centinela que lo había detenido respondió: “Llegaba al cafetal cuando comenzó el baile. Creo que es el dueño de esto”. Entonces otra voz, de más adelante, exclamó con tono cortante: “¡Tráiganlo aquí!” A esas alturas cesaron de oírse también los disparos que habían tronado a lo lejos.

A Ramiro le fue ordenado erguirse, pero al intentarlo sus músculos no le respondieron. Un soldado lo agarró por la parte trasera de la camisa y de un violento tirón lo obligó a pararse. El cuerpo le temblaba, lo que dio lugar a comentarios burlescos y a risas entre la tropa. Ramiro se sintió convertido en payaso de feria y la fuerza de la humillación lo obligó a reaccionar. Con la voz todavía temblorosa, pero furiosa, le gritó al grupo de hombres que lo rodeaban: “¿De qué se ríen? ¡Ustedes son militares y tenían más miedo que yo, que nunca había vivido un caso de estos!” Los soldados callaron. Ramiro recordó enseguida a su familia, y con mirada suplicante, exclamó: “¡Déjenme volver con mi mujer!... Quiero verla... A ella y a mis hijos... Por favor”. Al decir esto, miraba indistintamente el rostro de todos con expresión angustiada. “Ahora no. Lo necesita mi teniente. Venga”, fue la seca contestación que a su ruego dio un uniformado de bigotes y más entrado en años que el resto. Ramiro sintió que sus articulaciones cedían por fin y siguió al hombre unos cuantos metros más allá. Se halló ubicado frente a quien hacía un buen rato había estado en su casa y a quien él y Saray habían confundido con un simple soldado. No tenía ninguna clase de distintivo en sus ropas. Tampoco en la gorra. Y nada en su trato era distinto a los otros. El semblante del oficial era el de un hombre iracundo, por lo que Ramiro se vio forzado a frenar la mueca de sus labios, con la que intentaba simular una sonrisa familiar. Sin embargo, se aventuró a preguntarle: “¿Usted es el teniente? Mi mujer y yo pensamos que era un soldado común y corriente”. La grosera respuesta del teniente lo dejó mudo: “¡No me venga con zalamerías, malnacido! ¡Usted sabía que la guerrilla estaba emboscada allá! ¡Si me mataron gente, me las va a pagar toditas!” A Ramiro se le heló la sangre de nuevo y pensó si se pasaría aquel trago también con humildad. Un orgullo herido que le brotó del pecho antes de que lograra decidirlo, le salió adelante resuelto a dejar la vida en ese trance si fuera necesario. Hasta él mismo se sorprendió por la entereza que encontró en su voz: “¡A mí me respeta, me hace el favor! ¡Si me van a matar, háganlo de una vez! Pero usted no tiene el derecho de insultarme como si fuera culpa mía que sus hombres se dejen golpear. ¡Yo le dije que tuvieran cuidado!” El teniente le repostó con los ojos encendidos en sangre: “¡Ah! ¿Muy alzado el desgraciado?” Y dirigiéndose a sus hombres ordenó: “¡Sargento! ¡Unos que le bajen los humos a este maldito guerrillero!” A un gesto con la cabeza del sargento, seis soldados se le echaron encima a Ramiro, y en contados segundos, descargaron sobre su cuerpo una andanada de puñetazos y puntapiés, que lo hicieron caer al piso y rodar por él. La voz del sargento los estimulaba a continuar: “¡Denle duro a esa escoria! ¡Esos son los sapos de la guerrilla! ¡Por su culpa es que se mueren nuestros hombres!” Otros soldados también celebraban la golpiza y animaban a sus autores. Unos pocos de ellos, situados más atrás,

observaban la escena con repugnancia, sin poder ocultar cierta expresión de inconformidad y lástima. Pero no intervenían. La fuerza vengativa del grupo los aplastaba a su pesar. “¡Déjenlo a ver! –Ordenó por fin el teniente–. Necesitamos al malnacido. Ya debe estar mansito”. Con violencia, Ramiro fue recogido del piso por los soldados y puesto de nuevo frente al teniente. De sus labios reventados brotaba un hilo de sangre, y sus pómulos y párpados revelaban los moretones que comenzaban a inflamarse. Ramiro no quiso mirar a los ojos al teniente, mientras con sus manos se sobaba las partes de su cuerpo que sentía más maltratadas. En ese preciso instante, del pequeño radio que sostenía en sus manos el teniente, se elevó una voz: “¡Granada! ¡Granada! ¡De Pionero! ¡De Pionero!” El teniente miró al sargento y expresó: “¡Al fin llamaron estos maricas! Ya estaba pensando que los habían matado a todos”. El sargento se acercó hacia su superior y los dos se desentendieron de Ramiro. El teniente oprimió el PTT del aparato y llamó al otro lado: “¡Pionero! ¡Pionero! ¡Aquí Granada! Le copio al ciento, repito, le copio al ciento. ¿Qué tiene por allá? ¡Adelante!” La voz del otro habló dejando percibir un breve alivio: “¡Una emboscada de los perros, mi Terrible! ¡Tengo un muerto y dos heridos! ¡Ya los perros se fueron!” En adelante se sobrevino un intercambio de preguntas y de respuestas, acompañado con los primeros reproches y reclamos. El de la exploración explicó que ya se habían tomado el filo y lo dominaban, mientras que al parecer los guerrilleros se encontraban en el filo siguiente. El teniente le ordenó esperar allí y prender el medio apenas sonaran disparos de nuevo. Cuando el teniente quiso precisar la distancia a la cual se hallaban de él, Pionero le respondió: “Una raya registrando, mi Terrible. El camino está limpio. Sin registrar, unos veinte menos”. Cerrada la comunicación, el teniente dispuso organizar la marcha de inmediato. Su propósito no pudo cumplirse tan deprisa. En el momento de sonar los tiros, ya había fogones encendidos y ollas montadas en preparación del desayuno. Tomó algún tiempo arrojarlo y medio asear el menaje. También hubo que cumplir con la comunicación para informar la novedad al Batallón. Durante ésta, el teniente se encontró apabullado por los regaños del Coronel. Se había cansado de repetirles a las patrullas que no pisaran caminos y que no se movieran en la claridad del día, y ya eran dos que resultaban golpeadas en las mismas circunstancias. Más grave incluso lo de la segunda, que caía en la misma área que la primera, estando en conocimiento de la presencia enemiga. La disciplina no era para echársela en el bolsillo de atrás del pantalón. Mil veces les había dicho que si querían conservar la vida, tenían que sacrificar el cuerpo. Ya verían cuando regresaran. El desconcierto del teniente era grande. Desde ya cavilaba cómo lograría hacer comprender que había tomado todas las precauciones. Tardó varios días en subirse al filo. Se movió siempre de noche. Ya arriba,

asegurado en la cordillera, había sacado una exploración camino abajo, con gente experimentada, a la cual había saturado de recomendaciones. La emboscada había tenido lugar en un sitio distinto al de la primera patrulla. Imposible que con todo eso lo fueran a complicar. Aunque mi coronel se querrá lavar las manos conmigo. Como le pasó a Sierra. El más bobo paga, el superior siempre tiene la razón. Durante todo ese rato, Ramiro permaneció sentado sobre las hojas secas, observando los movimientos de los soldados y sus mandos de un lado a otro. Cuando el teniente volvió a dirigirle la palabra, le dio instrucciones como si se tratara de otro más de sus subordinados: “Usted va a marchar delante de nosotros, despacio, comunicando la más mínima novedad que observe en el camino. Ojo especialmente con los cordones, cables o alambres que llamen su atención. Si algo nos pasa de aquí a allá, usted será el primero en morir. No sé cómo cambié a última hora la idea que tenía de enviarlo a la cabeza de la exploración”. Ramiro, convencido de que cualquier oposición de su parte resultaría inútil, se limitó a asentir sin abrir los labios para pronunciar palabra. Se sentía lleno de odio hacia aquellos hombres y se decía que no le importaría morir siempre que los compañeros pudieran propinarles una matada bien grande. Lo triste sería morir asesinado en balde. El teniente ya lo había señalado como guerrillero, de ahí a hacerle dar muerte y presentarlo como tal no había sino una distancia mínima. Había ocurrido tantas veces, con tanta gente. El teniente, que interpretó su silencio de otro modo, le dijo como quien quiere restarle importancia al asunto: “En cuanto a la golpiza, olvídelo. Hubiera podido ser peor. Hay veces en que es necesario ablandar a los hombres, y eso es todo”. Ramiro tuvo intención de pedirle que lo dejara regresar por un momento a casa para enterarse del estado de su familia y tranquilizarla por él, pero un renovado orgullo lo obligó a abstenerse. “Uno no debe humillarse a esta gente”, pensó. El teniente debió adivinar por donde viajaban los pensamientos de Ramiro, porque le dijo: “Ni piense que voy a dejarlo ir a la casa. Mientras no nos hayamos ido, usted no volverá a hablar con nadie. Y si no se porta bien, tal vez nunca más vuelva a hacerlo. No voy a darle oportunidad de enviar razones a ninguno”. Ramiro le habló entonces empleando el tono indiferente de un autómatas: “Lo único que me interesa es poder sacarlos lo más pronto posible hasta donde puedan irse tranquilamente”. “Bien pensado –le respondió el teniente dándole una palmada en el hombro–. Ahora párese que ya nos vamos”.

Cargando el equipo de uno de los soldados que habían partido temprano a la exploración, Ramiro volvió de nuevo a marchar a la cabeza de una larga fila de hombres uniformados que con el fusil en guardia avanzaban temerosos de un ataque de la guerrilla. Los equipos



de los demás integrantes de la exploración también fueron remolcados a la espalda por otros soldados. Tras bajar y subir varios pequeños promontorios de terreno que se sucedían indistintamente a lo largo del camino, la formación en pie de guerra se encontró avanzando, completamente sofocada por el calor de los fuertes rayos solares, por el descubierto de un amplio plan cuyo suelo apenas estaba recubierto por un pasto que podía alcanzar unos 40 centímetros de altura. A la sombra de unos palos de mango que crecían en los alrededores de las ruinas de una casa devorada por el abandono y el tiempo, justo cuando el camino iniciaba de nuevo su descenso, el grupo encontró 3 soldados que permanecían como centinelas. Ramiro conocía bien el sitio por lo que indicó al soldado que lo seguía, que allí el camino descolgaba hacia la vivienda del viejo Juan Arango, de donde volvía a ascender por entre los cafetales del filo que se encontraba frente a ellos. El teniente llegó hasta la vanguardia, que se detuvo a esperar allí, y tras el saludo militar, recibió el parte que le dieron los guardias de la seguridad dejada por los de la exploración. Por ellos obtuvo la primera versión sobre lo ocurrido. Los guerrilleros habían esperado la exploración apostados entre los palos del cafetal, camuflados por la vegetación y los troncos de los guamos. Se habían ocultado unos 15 metros adelante de la puerta de madera que impedía la huida a las bestias de la casa, así que los primeros 3 soldados alcanzaron a poner sus pies sobre la cima del cerro y caminar varios pasos por el plan que se extendía ante ellos, hasta casi quedar encima de los guerrilleros que los aguaitaban. El cabo al mando del grupo había tenido la precaución de dejar ubicados 3 hombres, ahí, en donde estaba ahora el teniente con ellos, con el fin de que cubrieran los demás mientras descendían a la casa y subían al cafetal. Cuando los guerrilleros prendieron a fuego a los 3 primeros hombres de la exploración, los 3 que habían quedado atrás respondieron en forma inmediata, logrando con ello impedir a los atacantes adelantarse a recoger las armas de los soldados que cayeron con los primeros disparos. Y tampoco pudieron, gracias a ello, arrimarse hasta la orilla de la falda para fumigar a tiros al resto de soldados que iban subiendo por el camino y se encontraban así en posición demasiado desventajosa. Luego de escuchar sus explicaciones, el teniente les preguntó: “¿Y por qué si dejaron hombres atrás temiendo un ataque por la vanguardia, no se tomaron el filo con una maniobra por los flancos en vez de hacerlo por el camino?” Los soldados no supieron qué responder. Explicaron al teniente cuando les preguntó por ellos, que los heridos y el muerto habían sido ubicados en la casa, y que un grupo de hombres permanecía atrincherado en la parte más dominante del filo donde había sido la emboscada, por si acaso a los guerrilleros se les ocurría volver atrás. Sólo 2 unidades permanecían en la vivienda haciendo compañía a las bajas. El teniente ordenó al sargento

reforzar inmediatamente las seguridades, y estuvo averiguando con Ramiro sobre los moradores de la vivienda. Ramiro le explicó que allí por lo regular permanecían solos el viejo y la vieja, por cuanto sus hijos la pasaban en el pueblo. El grupo que quedó con el teniente, aún numeroso, siempre con Ramiro en punta, descendió hacia la casa. El teniente no se tomó la más mínima molestia para responder el tímido saludo que le dirigieron el viejo Juan Arango y su mujer cuando lo vieron entrar por la puerta. Con voz seca se limitó a preguntar en dónde se hallaban sus hombres, y pasó al amplio cuarto en donde reposaban sus cuerpos. A su lado, el cabo le fue contando cómo el que resultó muerto no había logrado sobrevivir hasta el final del combate a pesar de que su muerte no había sido instantánea, por cuanto estuvo pidiendo auxilio un rato. Cuando los demás fueron a recogerlo, se encontraba ya sin vida. El teniente maldijo su mala suerte. Se trataba de una de sus mejores tropas, fogueado en muchas peleas y varias veces condecorado por su valor en acción. Un rosario de improperios salió de su boca contra los guerrilleros y contra el cabo, a quien comparó con un animal por haber tomado el camino en esa parte tan crítica. Uno de los heridos había sido lastimado en forma grave, con un tiro en la ingle y otro en el brazo izquierdo. El segundo había sido alcanzado en su cuerpo por varias esquirlas de granada de fusil, pero sus heridas no eran tan profundas ni su estado tan lamentable como el del primero. De manera inmediata, dos soldados que parecían expertos en enfermería se pusieron manos a la obra para atenderlos. El teniente ordenó al operador del radio instalarlo retirado de la casa y entablar de inmediato comunicación con el Batallón. “Hay que pedir helicóptero para sacar los heridos, porque al menos uno se nos puede morir aquí”. Mientras esto sucedía dentro de la casa, Ramiro había descargado el equipo que lo forzaron a remolcar, y se había acercado a dialogar con el viejo Juan. A pesar de las circunstancias, el viejo se mostró reconfortado por la presencia de su vecino. Con un acento peculiar de nativo del viejo Caldas, fue haciendo a Ramiro el relato del día negro que había tenido desde cuando la tropa hizo su aparición por la casa en la mañana. No había sido posible de ninguna manera para ellos obtener un trato medianamente digno de seres humanos por parte del Ejército. Desde el momento en que llegaron los soldados, se fueron dirigiendo a ellos con violencia. “Primero nos exigían que les dijéramos dónde estaba la guerrilla. Y te juro Ramiro que yo no tenía la menor idea de que estaba emboscada arriba de la casa. Después querían obligarme a que les sirviera de guía, pero me negué. Hubieras oído todo lo que nos dijeron por eso. Y luego salen tiroteados. Ahí sí que fue peor. Tras de que nos pegamos un susto del otro mundo oyendo pasar por encima de la casa los tiros y las bombas de un filo al otro, llegan después estos desgraciados a echarnos la culpa de la emboscada. Nos sacaron a la vieja y a mí a

empellones al patio, como si la casa fuera de ellos y nosotros unos extraños. Metieron su muerto y sus heridos a los cuartos, y a nosotros estuvieron a punto de matarnos. Figúrate Ramiro, mi pobre vieja, a quien en más de 30 años no le he puesto yo una mano encima, amarrada con las manos por detrás y tirada al piso junto a mí, como si fuéramos marranos, y recibiendo patadas y puños de todos esos malditos. Gracias a la Virgen de Manizales, los ruegos y el llanto de mi vieja lograron compadecerlos”. Al hablar, los ojos del viejo se llenaron de lágrimas que rodaban silenciosamente por sus mejillas. Doña Zenaida permanecía de pie frente a Ramiro, confirmando con movimientos de su cabeza el relato que hacía el viejo Juan, con una mirada de enorme tristeza en sus ojos grises. Ramiro sintió dentro de la piel las desgracias del par de viejos, que le parecieron muy similares a la suya, y en su pecho se encendió un inmenso sentimiento de cariño hacia ellos. Arrimando los dos viejos hacia sí con sus brazos que les pasó por encima de los hombros, evidentemente conmovido, pronunció a sus oídos las únicas palabras de aliento que se le ocurrieron: “Ustedes son un par de santos. Esos canallas no saben lo que han hecho. Dios y la Virgen los bendigan a ustedes, viejitos”. Después de haberse ocupado de la correcta atención de los heridos, el teniente y el sargento estuvieron escuchando del cabo sus explicaciones acerca del golpe que les acababa de propinar la guerrilla. Luego, el teniente estuvo hablando largamente por el radio de comunicaciones con el coronel. Cuando regresó se dirigió directamente al viejo Juan: “Necesito 3 buenas bestias para bajar el muerto y los dos heridos a la estación de La Fuente, pero ya mismo”. El viejo le dijo que en el potrero tenía varios animales. El teniente le pidió unos lazos y de inmediato ordenó que unos soldados fueran a buscar las mulas. En ese intervalo de tiempo, el teniente estuvo preguntando a los campesinos: “Supongo que la mejor vía para regresar a la estación de La Fuente es regresando por todo el camino hasta la escuela y de ahí desviar. ¿No es cierto?” El viejo Juan le respondió primero: “Después de lo que acaba de pasar, creo que sí. Pero siguiendo adelante por este camino hay una Ye. A mano derecha descuelga un desecho que va a salir a la carretera, debajo de esa estación. Es más corto por ahí. Es la vía que usamos nosotros si tenemos que bajar allá”. Al teniente le llamó la atención la existencia de ese otro camino, pero rápidamente concluyó que los guerrilleros, que se habían retirado en esa dirección, bien podían estar emboscados en esa bajada. Sin embargo, se sintió atraído por la existencia de la Ye. Por eso le preguntó a Ramiro si de esta casa a allá había alguna otra vivienda. Ramiro le respondió que sí, aunque no en todo el filo, sino unos metros debajo de él, tomando por un desecho a mano izquierda. Tras algunas otras precisiones sobre el terreno, el teniente determinó que le convenía más salirse con su gente del hueco en que se hallaba, y ubicarse mejor en la casa de la que le

hablaba Ramiro. Podía dejar tropa asegurando el filo y tendría cubiertas las tres vías de acceso para evitar cualquier sorpresa. Así se lo indicó al sargento. Entre los dos tomaron entonces la decisión de enviar a una parte de sus hombres con el viejo Juan a la cabeza de la marcha, con destino a la estación, para llevar los heridos y el muerto, mientras que pondrían a Ramiro a guiar la marcha del resto hasta la vivienda siguiente, en la que pasarían la noche.

Doña Zenaida convidó a Ramiro a compartir con el viejo Juan la poca cosa que les preparó como almuerzo, para que no fueran a irse con el estómago vacío. Los soldados se limitaron a consumir enlatados de los que llevaban en sus equipos y no se molestaron por ello en encender algún fogón. El teniente dispuso que 2 escuadras de sus hombres, al mando del sargento y con dos cabos, bajaran hasta la estación con el viejo Juan. Antes de salir, les dio las últimas recomendaciones: “El helicóptero viene a recoger ese personal exactamente a las 17 horas. Encárguense de asegurar el cerrito que está al lado de la cancha de fútbol. No hay otro sitio apropiado para tirotear el aparato desde tierra pero por eso no vayan a descuidar ningún otro flanco. Lo que el helicóptero traiga se lo cargan a las mulas de regreso y lo traen. Voy a enviar un grupo a asegurarles por los lados de la escuela para que puedan venirse por el camino, sin embargo, ustedes dejen también unas unidades más adelante. Cuando se vengán, no echen al viejo adelante, déjenlo en el centro del grupo y siempre a cargo de las mulas. Nos buscan en la casa de más adelante, aunque de todas formas hallarán tropa por el camino”. Cuando los hombres ayudaron a montar en las bestias a los heridos, se encontraron con alguna dificultad. No era tan sencillo acomodarlos en las monturas dado el tipo de lesiones que tenían, pero tras varios intentos en una y otra forma, al fin lograron colocar a cada uno en la mejor posición posible. Pero lo que sí se convirtió en un verdadero problema fue montar al muerto. Tras varias horas, el cadáver presentaba ya una acentuada rigidez, por lo que no fue posible que la cabeza y las piernas le descolgaran libremente a un lado y otro del animal. Era como asegurar una tabla larga atravesada sobre una silla de montar. El cuerpo boca abajo formaba apenas un ligero ángulo obtuso y no se equilibraba, lo que obligaba a los soldados a intentar atarlo de distintas maneras, todas fallidas. El viejo Juan se vio forzado a ayudarles. Poco a poco se vieron apremiados a perderle respeto a la muerte y bregar a doblar el cuerpo por la cintura, colgándosele de uno y otro extremo. Esa lucha, pese a lo tétrica, resultaba cómica. Doña Zenaida, que la observaba desde la puerta, cruzó su mirada por un instante con la de su marido que estaba en medio de varios uniformados, y el brillo que captó en sus ojos la decidió a meterse en la cocina antes de que la venciera la tentación de reír. Fueron los

mismos soldados quienes primero cedieron al impulso de la gracia que despedía la escena. Las sonrisas contenidas que inicialmente se dibujaron en sus rostros, terminaron estallando en carcajadas cuando uno de ellos quiso aventurar la imaginación de los demás y les dijo: “¡Mierda, ya va quedando es como una herradura! ¿Se pintan cómo será la cosa cuando halla que volverlo a enderezar para meterlo a la caja?” La risa nerviosa se prolongó en muchos soldados hasta varias horas más tarde. Aun a solas, soltaban repentinamente violentas carcajadas producidas por ese recuerdo, y no obstante los reproches de sus superiores, resultaba imposible hacerlos callar. Antes de partir, el viejo Juan quiso saber si de regreso podría quedarse de una vez en su casa. La respuesta del teniente fue negativa: “Más bien tengo es ganas de llevar la vieja hasta adelante. Mientras estemos por aquí, debemos impedir que circule la menor información sobre nosotros”. Sólo después de mucho rogarle desechó la idea, sin que por ello dejara de advertir a la anciana que pagaría con la vida de su marido el mínimo desliz de su lengua. Al viejo Juan le fue prohibido hablar con cualquier persona que pudiera toparse en el camino, y el sargento fue responsabilizado de hacer cumplir tal determinación. El grupo del teniente, en el momento de descolgar del filo hacia la casa siguiente, recibió por la misma razón, la orientación de detener a todo civil que transitara por el camino. Había que conducirlos hasta la vivienda, sin importar el número de ellos que llegara a reunirse.

Horas más tarde, el Ejército contaba con 10 civiles detenidos en la finca de Cesar Quintero. El teniente había realizado en la propiedad una verdadera ocupación de guerra, apoderándose de las instalaciones y convirtiéndolas en puesto militar. Para ello ni siquiera consideró la posibilidad de consultar con su dueño. En un amplio cuarto de la casa, que solía destinarse a los trabajadores en épocas de cosecha, y que contaba por eso con varios camarotes, fueron ingresando los distintos campesinos que la tropa interceptaba en el camino real. En su mayoría se trataba de vivientes de la vereda que habían entrado del pueblo ese día en la línea, y que se habían aventurado a subir hasta sus viviendas, pese al prudente aviso que les dieron sus conocidos en la estación, acerca de que se habían escuchado tiroteos en lo alto del filo y no era conveniente meterse en forma desprevenida. Alrededor de las 5 de la tarde se escuchó el ruido de las aspas de un helicóptero que se aproximaba. Los ojos curiosos de los soldados buscaron el oscuro aparato en el inmenso espacio abierto del firmamento intensamente azul, y no tardó mucho tiempo para que varios uniformados señalaran con sus dedos índices en dirección a un punto alargado que crecía lentamente a medida que se aproximaba. “¡Es el Halcón!”, exclamó uno de ellos con orgullo. Efectivamente, se trataba del pajarraco artillado color

verde oliva que sobrevoló a regular altura el filo en dos ocasiones para perderse luego de la vista de sus observadores cuando inició su movimiento de descenso. Atentos al sonido producido por el helicóptero, los soldados describían lo que debía estar haciendo: “¡Ya aterrizó!” “¡Ahorita mismo debe estar recogiendo la gente!” “¡Se está elevando otra vez!” “¡Listo!” Cuando volvieron a verlo se alejaba en la distancia con destino a la ciudad. Superada la distracción, el teniente dispuso organizar los fogones en el trapiche y preparar la comida, dejando en claro que el Ejército no le iba a dar de comer a ningún civil apoyador de guerrilla. El sargento reunió todas las tropas que estaban en la casa y les explicó el plan de seguridad. Luego leyeron la minuta de la guardia nocturna. Fue gracias a que César tenía buena provisión en su despensa, que Herlinda, su mujer, con el auxilio de Ruth, una campesina detenida, se puso manos a la obra para preparar la comida para todos los civiles. Eran unos cuantos minutos después de las 8 de la noche cuando regresaron los que habían ido a escoltar al muerto y los heridos hasta la estación de La Fuente. En el cuarto de los detenidos, el viejo Juan hizo a los demás el relato de lo acontecido. Sus pupilas brillaban con la misma picardía con la que lo hicieron cuando tuvo que ayudar a atar el cuerpo del soldado muerto. Mientras descendían por entre los estrechos callejones que con el tiempo formaba el paso de las bestias por el camino, el cadáver del soldado se golpeaba una que otra vez con las paredes rocosas de los lados y cuando ello sucedía, alguno de los encargados le expresaba su inconformidad al viejo y le imponía tener más cuidado con las mulas. Entonces él se reía en voz baja pensando en que más les habían dolido a él y a su mujer las patadas que habían recibido atados y tirados al piso, que lo que aquellos golpes pudieran afectar al muerto. También contó que mientras estuvieron a la espera del helicóptero, el herido más grave había perdido el conocimiento y se le veía tan pálido que ninguno daba ya un centavo por su vida. La noticia despertó un murmullo de regocijo entre los campesinos. Uno de ellos expresó: “¡Ojalá se muera el miserable! Para que vengan a importunar donde la gente está quieta y tranquila”. César también facilitó algunas mantas y sábanas para que los detenidos se abrigaran del frío de la noche. Mientras las distribuía entre ellos les manifestaba su inconformidad con la tropa: “El tenientico ese prohibió cerrar la puerta sin tener en cuenta el helaje que va a sentirse aquí dentro. Después se preguntan por qué la gente no los quiere”. Ruth, que ya se encontraba acomodada en un camarote al lado de su esposo luego de haber ayudado a Herlinda en el arreglo de la cocina, correspondió al comentario de César: “No se parecen en nada a los compañeros, ¿verdad?” Fue su marido quien respondió primero: “¡Qué se van a parecer! No se puede hacer ni la comparación”. A las 9 de la noche los retenidos tuvieron que escuchar la charla que les dio el teniente antes de

autorizarlos a dormir. Con disimulado descreimiento, le oyeron expresar las peores cosas en contra de los guerrilleros y hacer en cambio el más alto elogio de la abnegada labor de las fuerzas armadas en defensa de sus intereses. Sin embargo, cada vez que el oficial se dirigía específicamente a uno de ellos para confirmar si captaban su mensaje, el destinatario de su pregunta respondía sin dudar: “Sí señor, así como usted dice, así es”. Cuando se retiró el teniente, el sargento desde la puerta agregó: “En caso de tiros, todos se quedan ahí dentro, pero se tiran al piso hasta que les ordenemos pararse. Toda la noche habrá un guardia en esta puerta. Si alguno tiene una necesidad, debe pedir permiso para salir. ¿Alguna pregunta?” Del fondo del cuarto surgió la voz de Ruth: “¡Oiga señor! ¿Hasta cuando van a tenernos aquí? Tengo hijos pequeños a quienes les hago mucha falta en casa. Y aquí ninguno es vago y tiene cosas pendientes. Necesitamos irnos”. El sargento la buscó entre la ligera iluminación producida por la luz de la única vela que permanecía encendida, y cuando encontró su mirada, le sonrió con ironía. Entonces le dijo: “Pues mi señora, estarán aquí hasta que San Juan agache el dedo. Y no nos vayan a echar la culpa a nosotros. Ya oyeron a mi teniente. ¡Échenle la culpa a los guerrilleros! Yo también tengo familia y compromisos, y si no fuera por ellos estaría muy cómodo en el pueblo” Dicho esto dio media vuelta y se retiró pensando en que su respuesta sí que había estado genial, por lo que se repitió en voz baja: “Hasta que San Juan agache el dedo” y se fue riendo para sí divertido con su astucia.

El viejo Juan y Ramiro compartieron un solo camarote. El viejo había fiado en la estación 2 decenas de cigarrillos, para lograr lo cual tuvo que ofrecerle otra al sargento. A cada uno de sus compañeros de infortunio que fumaban, el viejo les había regalado un paquete, y antes de dormirse, varios de ellos habían encendido un cigarrillo que fumaban en silencio. Afuera resonaba la bulla producida por los corrillos de soldados que reían y conversaban en voz alta. A Ramiro lo atrajo el diálogo que se desarrollaba en la parte de atrás del cuarto en que se hallaban y llamó la atención de su acompañante para estar seguro de que también escuchaba. Uno de los soldados decía: “Yo por eso no creo que tirárselas de verraco sirva de algo. Vea el huevón de Álvarez. Tanto insistir por la cabeza de la vanguardia, para que lo mataran”. Otro respondió: “Es que el que a hierro mata, a hierro muere. Ese lanza tenía fama, porque allá en el sur había dado muerte a no sé cuantos guerrilleros. Y vea, hasta que le tocó igual”. La voz de un tercero intervino: “Dicen que tenía varias condecoraciones y que sólo le faltaba una para ganarse el ascenso a cabo. Bueno, ya tuvo su condecoración”. El primero de los hombres volvió a hablar: “De harto le sirvieron las medallas. Para que se las echen en el ataúd. Así terminan todos los

afiebrados”. El viejo Juan asintió con la cabeza y guiñó el ojo a Ramiro en señal de complacencia. Ramiro, también satisfecho por lo que oía, extendió su mano al viejo, quien se la apretó emocionado como si celebrase una victoria. La charla de la tropa fue interrumpida por alguien que les dio la orden de irse a dormir de inmediato en absoluto silencio. El par de amigos se dispuso entonces a dormir también. Ramiro, en unos pocos minutos, estaba soñando. Veía a Saray y a los niños llorar amargamente por él luego de recibir la visita de un extraño personaje que les había informado de su muerte. Todos pedían a gritos que les entregaran el cuerpo de su esposo y padre y el visitante, a quien no podía identificar Ramiro por más que lo intentaba, les decía que para poder obtenerlo tenían que viajar con él hasta la capital para elaborar un informativo en el Batallón. Saray quería que el visitante le explicara qué era eso de un informativo y éste le respondía que era como cuando las conchas del mar eran recogidas por los arhuacos para preparar el poporo. Por eso tenían que ir con él hasta la capital. Ramiro estaba presente en esa habitación que se parecía a la de su casa pero que no era, e intentaba prevenir a su familia para que no se dejaran engatusar por el extraño, sin obtener que Saray o los niños pudieran percatarse de su presencia. Veía a Saray empacando la ropa para salir de viaje y se llenaba de angustia. Alguien más entraba en la habitación y lo veía a él y comenzaba a golpearle el hombro con la palma de la mano mientras le decía que se saliera del cuarto porque aquellos seres le pertenecían en adelante a la institución. Él procuraba ignorarlo e insistía en ser atendido por Saray, por lo que el otro le golpeaba cada vez con más fuerza en el hombro. El desespero de Ramiro aumentaba con cada segundo. Fue entonces cuando despertó y comprendió que todo no era más que una pesadilla. A su alrededor el espacio era negro, pero cuando sintió la respiración fuerte del viejo Juan a su lado, recordó dónde se hallaba en realidad. Poseído por una deliciosa sensación de alivio inhaló con fuerza el frío aire nocturno y luego volvió a expulsarlo lentamente. Iba a darse vuelta en el duro lecho que apenas hacía soportable una vieja y deshecha estera, cuando se llenó de pavor al volver a sentir sobre su hombro los fuertes golpes con la mano de alguien. Poco le faltó para emitir un desgarrador chillido. Su primer pensamiento fue el de que seguía soñando, que apenas había mudado el contenido de su sueño por otro muy cercano a la realidad y que casi lograba confundirlo. Pero la voz de un hombre que le hablaba quedamente se encargó de hacerle pensar de una manera diferente: “Fresco, no se asuste lanza... Soy un soldado. Y no haga bulla hermano”. Ramiro cayó en la cuenta de que el golpe en el hombro de su sueño era la forma como su inconsciente le advertía que estaban haciendo el esfuerzo de despertarlo. Más calmado, preguntó a la sombra que le pareció distinguir frente a él: “¿Qué quiere?... Me ha hecho meter un susto muy grande”. La



sombra le respondió con el mismo tono bajísimo de voz: “¡No hable duro, lanza! Y tranquilo. Necesito que me haga un favor ¿me entiende?” La voz sonaba ligeramente alegre, como si el soldado considerara que sus propósitos iban por buen camino. Siguió diciendo: “Vea hermano, aquellos manes están metiéndose unos baretos allá afuera y no quieren darme a mí ¿me entiende? Están mareados conmigo por una jugada que les hice ayer y me la están cobrando. Estoy que me muero por un bareto, hermano. Véndame o consígame un pucho de maracachafa, lo que sea, aquí tengo 1.000 barras para pagárselo, hermano. Usted puede ser mi salvación, ¿me entiende?” Ramiro sintió que de veras en el ambiente se sentía ligeramente el olor de la marihuana quemándose y por fin entendió por completo lo que estaba ocurriendo. Antes no había percibido el aroma de la hierba. Su intención inicial fue despedir enérgicamente al vicioso con cuatro palabras bien fuertes. Pero pensó en que quizás le convenía más no indisponerse con ese hombre. No estaba en condiciones de sumar enemigos personales entre aquella gente. Pensó en dónde podría conseguir marihuana a esas horas de la noche y encerrado en aquella habitación. Recordó que en el grupo de detenidos se hallaban 2 muchachos que trabajaban por contrato en diferentes fincas de la vereda y se dijo que era probable que alguno de ellos mantuviera algún pucho de hierba en sus bolsillos. Por eso dijo al soldado: “Vea hermano, yo marihuana no tengo ni en mi casa, menos voy a tener aquí. Pero tal vez Rogelio, uno de los obreros detenidos, pueda tener algo. Dígale a él”. El soldado exclamó: “Uy, hermano, dígame cuál es ese tipo Rogelio, para caerle de una”. Ramiro le indicó en la oscuridad un camarote al fondo de la habitación. Pero luego agregó: “Déjeme, yo mismo le digo”. El soldado encendió una linterna que tenía camuflado el rayo de luz con un papel que le daba un tenue color verde semejante a un cocuyo. Y propuso a Ramiro: “Yo le alumbro hermano, fresco”. Ramiro se puso de pie y caminó hasta el camarote de Rogelio. Al cabo de un minuto regresó al lado del soldado y le dijo: “Estuvo de buenas. El chino tenía un cigarro armado. Tómelo. Y guárdese el dinero. A usted le hace más falta que a mí”. Tras tomar el bareto entre sus manos, que tenía el tamaño de un cigarrillo Pielroja, los ojos del soldado brillaron felices como si contemplara un fabuloso tesoro que acabara de hallar. Dirigiendo su mirada hacia Ramiro le habló con agradecimiento casi infantil: “Uy, lanza, usted es un bacán mi hermano. Maracachafa pura, de la Sierra Nevada. Gracias. Si en algo puedo ayudarlo, cuente conmigo. Vea hermano, esté tranquilo, el teniente ese está es haciendo las vueltas para devolvernos para el pueblo. Yo creo que mañana alzamos el vuelo. ¡Cómo van a quedar esos maricas!” El soldado apagó la linterna y se dirigió a la puerta. Antes de salir, le dijo a Ramiro alzando la voz ligeramente para cerciorarse de que lo oyera: “Vea hermano. Estos son los centinelas del Ejército. Este paparote está dormido.

Suerte". Ramiro volvió a recostarse en su lecho y cuando se estaba cubriendo con la manta se sorprendió al oír la voz del viejo Juan que le dijo, con la plena lucidez de quien está perfectamente despierto: "Sinvergüenzas degenerados. Eso es lo que son. Yo que tú, no le hubiera conseguido nada. Que se hubiera reventado de las ganas". Ramiro vaciló impresionado por la forma como el viejo había permanecido silencioso durante todo el episodio y luego ahora, de manera franca como inesperada, le reprochaba su conducta. Sintiendo algo avergonzado intentó explicar: "Mire Juan, uno no sabe qué reacción pueda tener un degenerado de esos si lo rechaza de plano. Afuera hay otro poco como él fumando marihuana, así que formar un escándalo para denunciarlo significaría buscarse uno problemas. Mejor es no echarse de enemigo a ninguno. Tal vez sirva para algo". El viejo pensó por unos segundos su respuesta: "Sí, tal vez, nunca se sabe. Pero mira hijo, así les hagas un favor, siempre serás un enemigo a muerte para ellos. No son personas por aparte, son piezas de una máquina de muerte. Ese soldadito mañana nos puede estar sacando los ojos". Ramiro asintió, y luego dijo: "Durmamos. No vale la pena perder el sueño por ellos". Muy entrada la noche, los detenidos fueron despertados bruscamente por el fuerte ruido de una ráfaga de fusil afuera. Atolondrados y confusos, sintieron las carreras de los soldados por el patio, y por sus mentes pasó lo peor. Más cuando escucharon con toda claridad la voz del teniente que ordenaba: "¡Sargento, si de verdad es un ataque, a los primeros que hay que matar es a todos esos civiles! ¡Que los paguen los guerrilleros!" Aquellas palabras resultaron reveladoras para los detenidos acerca de su verdadera situación: eran simples rehenes que respondían con sus vidas por la seguridad de la tropa. La sangre de los campesinos se les heló en las venas y su respiración se truncó por un espacio de tiempo que les pareció eterno. Sin embargo, la aclaración del hecho surgió con rapidez. Uno de los centinelas estaba muy nervioso y debió confundir la bulla causada por algún animal del monte, con la que hace una persona que camina con cuidado. La calma regresó a la noche y a los corazones de los civiles. No era todavía el día de su muerte.

A la mañana siguiente, el teniente accedió a la petición que Ramiro y el viejo Juan le hicieron en nombre de todos, en el sentido que les permitieran permanecer fuera del cuarto, y les ordenó distribuirse a lo largo del corredor, permaneciendo siempre pegados a la pared, estuvieran de pie o sentados en el piso. Un soldado fue ubicado a 5 metros de ellos en condición de guardia. Después del desayuno, que nuevamente les ofreció con generosidad el dueño de la finca, el único que con su mujer y sus tres hijos pequeños podía gozar de movilidad por toda la casa, los detenidos vieron acercarse hacia el teniente

a un soldado que venía de los lados de abajo de la vivienda. Una vez se halló frente al oficial, le informó que el centinela que cubría ese flanco, por el cual descendía un camino menor, tenía detenidos en el puesto a dos civiles, dos muchachos de unos 16 y 15 años de edad. Decían dirigirse hacia el sector de los evangélicos en donde aseguraban que los estaban esperando para un trabajo. Lo novedoso era que habían dado informes sobre la guerrilla. El teniente ordenó que los llevaran inmediatamente a su presencia. Por alguna razón que sólo él conocía, decidió interrogarlos allí, en presencia de los demás detenidos. Éstos reconocieron al par de adolescentes tan pronto como los vieron. Eran Genaro y Saúl, dos muchachos que no tenían más allá de 2 meses de haber entrado a trabajar por aquella región, que siempre andaban juntos y que no se habían relacionado aún con la mayoría de los moradores de la vereda. Habrían trabajado en una o dos partes distintas pero no era mucho lo que se sabía de ellos. Por eso la atención de todos se concentró en lo que pudieran hablar con el teniente. Tras preguntarles sus nombres, cuál era el sitio exacto al que decían ir y el fin que los llevaba allá, el teniente que los miraba con cierto aire de astucia, procedió a averiguarles por sus vidas. De dónde eran, de dónde habían venido a esa región, cuanto tiempo tenían de andar por allí, qué tipos de trabajos hacían. Enseguida les ordenó vaciar sus pequeñas tulas y el contenido de todos sus bolsillos. Luego de examinar con detenimiento cada una de las pocas cosas que los muchachos llevaban consigo y de preguntarles con indiferencia sobre el origen o la calidad de algunas, les preguntó cómo era eso de que ellos habían visto la guerrilla. Ramiro, el viejo Juan y los demás sintieron que se les erizaba la piel al oír, primero con incredulidad y luego con miedo, las primeras palabras que pronunció Saúl, el que parecía ser el mayor de los dos: “Fue antier en la tarde. Nosotros subíamos por el camino real y allí arriba, antes de la casa de un señor que llaman Juan nos encontramos unos guerrilleros”. El teniente, también sorprendido por la espontaneidad y la ausencia de malicia en el semblante de los muchachos, preguntó como quien no cree mucho en lo que oye: “¿Cuántos eran?”. Saúl respondió con mucha seguridad: “Como unos 20”. Genaro, quien permanecía a su lado dando muestras evidentes de su deseo de hablar, agregó mostrándose muy dispuesto y animado: “Había unos con uniforme verde, como los policías. Otros estaban vestidos con ropa común y corriente, como nosotros. Y había varias mujeres entre ellos”. Con real o mal disimulado escepticismo, el teniente volvió a interrogarlos: “¿Y cómo supieron ustedes que eran guerrilleros?” Casi sin darle tiempo de terminar, Genaro se apresuró a contestar: “Porque ellos mismos nos lo dijeron. Y estaban armados”. Entonces complementó Saúl: “Nos dijeron que el Ejército estaba adelante y que ellos estaban esperando que se metieran para este lado para pelearles. Entonces nos prohibieron seguir”. Nuevamente Genaro dijo

desbocado: “Sí. Dijeron que no podían arriesgarse a dejarnos pasar. Que nos devolviéramos. Nosotros no queríamos y tras insistirles, convinieron en que nos bajáramos hasta donde Eustasio, que es el que vive en la casa que sigue aquí para abajo, siempre y cuando no nos moviéramos de ahí. Para allá nos fuimos y hasta ahora salimos otra vez”. Sin ocultar el mal humor que le produjo ese informe, el teniente les preguntó a continuación: “¿Y ustedes no hicieron nada para avisarnos? ¡Se quedaron ahí ranchados como si nada pasara! Después que nos emboscaron, sí salen contentos, ¿no?” Saúl, un poco intimidado por la pregunta, dijo con timidez: “Nosotros no sabíamos dónde estaban ustedes”. El teniente volteó la cabeza hacia el sargento que estaba parado cerca de él y luego comenzó a moverla ligeramente hacia delante y atrás en señal de impaciencia. De nuevo volvió a preguntar: “¿Y se puede preguntar por qué razón hoy sí suben los señoritos?” Genaro le respondió con claras muestras de querer aclarar todo, para quedar bien: “Es que ayer bajaron los guerrilleros por la casa de Eustasio. Fue un rato después que oímos los tiros y las bombas por este lado de arriba”. “Sí –confirmó la versión Saúl-. Iban apenas como la mitad de los que vimos en el filo. Llevaban un herido”. El teniente habló con curiosidad por primera vez: “¿Un herido?” “Sí señor –reafirmó Saúl-. Tenía un tiro en una pierna. Nosotros lo vimos porque los guerrilleros se detuvieron unos momentos en la casa para examinarlo”. El teniente interrogó con interés: “¿Y el herido podía caminar?” “No señor –dijo Genaro-. Lo bajaron en una mula”. Apenas el muchacho pronunció estas palabras, las miradas de Ramiro y el viejo Juan se cruzaron disgustadas entre sí y buscaron los ojos de César, quien junto con Herlinda, seguía la investigación de pie junto a la puerta de su habitación. La expresión del rostro de la pareja hablaba por sí sola. Una acentuada palidez confería mayor brillo a sus pupilas airadas. Tras mirar a Ramiro y al viejo, y hacerles con la boca un gesto de desprecio en dirección a los muchachos, César, quien se percató de que nadie más lo miraba, retrocedió hacia el interior de su alcoba con cuidadoso sigilo, llevando consigo a su mujer a quien haló del hombro. Una vez se sintió libre de cualquier observación extraña, cerró su puño y golpeó con fuerza el aire en señal de contrariedad. El relato de Genaro y Saúl encajaba a la perfección con lo que él sabía. Y no había otro viviente entre la casa de Eustasio y el sitio del combate. Sería demasiado fácil para el teniente concluir que los guerrilleros habían pasado por su casa y que él les había prestado la mula. Eso desbarataba en forma contundente su versión acerca de que el día anterior, cuando la emboscada, estaba trabajando en el cafetal y no había notado nada extraño salvo el ruido del enfrentamiento en el filo. Hasta ese momento, el teniente y los demás soldados parecieron convencidos de que los guerrilleros habían realizado su retirada por el camino real. “¡Todo iba saliendo bien hasta que aparecieron esos pelados

malnacidos!", exclamó furioso, cuidando de que sólo Herlinda pudiera escucharlo. Ella se pegó a él y le dijo: "Papito, cálmate. Nosotros seguiremos en lo mismo. Tú trabajando, yo encerrada en mi cuarto por el susto. Si los guerrilleros llevaron una o dos mulas, nosotros no lo supimos. De ahí no nos saca nadie. Volvamos a salir antes de que malicien algo. Una cosa es lo que nosotros sepamos y otra lo que el teniente se imagine". La rapidez del pensamiento de su mujer impresionaba a César. Siempre tenía en la boca una solución presta para salir de cualquier atolladero. Le pareció que la obstinación en su dicho planteada por ella sería suficiente. Por eso respiró profundamente y se aprestó a asomarse nuevamente a la puerta. Herlinda lo tomó de la mano y salió con él. Las miradas de todos los campesinos detenidos se dirigieron hacia ellos cuando aparecieron nuevamente. Las de los soldados no, pues permanecían concentradas en Genaro y Saúl. Sin decirse una sola palabra, los detenidos se miraron también entre sí e intercambiaron su abierta estupefacción y enojo por la delación que sin ninguna clase de presiones estaban realizando el par de trabajadores ambulantes. En ese momento el teniente estaba preguntándoles: "¿Y los demás guerrilleros qué?" Saúl le contestó: "No sé. Pero cuando los que bajaron donde Eustasio le estaban lavando la sangre al herido, llegaron de abajo 4 guerrilleros que no estuvieron en la pelea, aunque sí estaban arriba con el resto cuando nos hicieron devolver". Genaro agregó: "Y estando ahí todavía, vinieron unos campesinos de por aquí mismo, yo los he visto pero no recuerdo cómo se llaman, y les avisaron que la compañera Rosaura había bajado con los de la pelea por otro lado y los estaba ahora esperando en la finca de... No me acuerdo del nombre que dijeron, pero también era de por esos lados de abajo. Entonces los que estaban ahí cogieron para allá". La imprecisión en los nombres molestó al teniente, en cuyo rostro volvió a pintarse el escepticismo. Dirigiéndose a Saúl le preguntó: "¿Y usted tampoco recuerda los nombres de los que vinieron a avisar o del de la casa para donde se fueron?" El muchacho no habló pero movió la cabeza lentamente a uno y otro lado en señal de negación. Por primera vez desde que se iniciaron las respuestas del par de muchachos, los otros detenidos respiraron con alivio. Afortunadamente habían olvidado esos nombres. Sin embargo, siguieron temiendo que fueran a recordarlos si eran presionados a ello. Hasta ahora el único que estaba en absoluto riesgo de pasarla muy mal era César. Todos habían adivinado que la ingenua versión de los muchachos debía corresponder a la verdad, y que César, con toda seguridad, estaba comprometido en el apoyo a los guerrilleros, al menos en los hechos posteriores a la pelea. O los malditos muchachos no entendían que con sus infidencias ponían en riesgo de muerte a gente de la vereda, o estaban obrando de mala fe. La indignación se fue apoderando de ellos. Seguramente que el paso siguiente del teniente

iba a ser reaccionar violentamente contra César y Herlinda. Y mandar a buscar a Eustasio para interrogarlo también. En los ojos de Ramiro y el viejo Juan se reflejaron los sentimientos de impotencia y derrota. El teniente, tras la última respuesta de los muchachos, volvió la vista hacia el sargento y le preguntó: “¿Cómo la ve sargento? Según este par de maricas, podemos estar tranquilos porque los guerrilleros ya se encuentran muy lejos”. La respuesta del sargento dejó aun más asombrados a los campesinos. “Eso es lo que quieren hacernos creer esos bandidos, mi teniente. Seguro que mandaron a estos dos tontarrones a eso”. De inmediato, sin que mediara reflexión alguna, el mismo sargento interrogó con cierto aire de sarcasmo: “Entonces los guerrilleros tienen como comandante a una mujer, ¿Rosaura es que se llama?” Genaro le respondió desprevenidamente: “No. La compañera Rosaura fue la que peleó con un grupo, pero lo que nosotros vimos en el filo fue que el propio jefe era uno que llamaban Hernán”. Casi no termina de hablar el muchacho cuando el teniente, ciego por la ofuscación, les soltó enérgicamente a los dos la siguiente andanada: “¡Pues los traicionó la conciencia, miserables! ¡No saben ni los nombres de las fincas para donde cogió la guerrilla, pero sí son capaces de recordar los nombres de sus comandantes! ¡Sus jefes los prepararon muy mal para esto, idiotas!” Ante una idea tan disparatada, los detenidos pensaron que el teniente estaba representando algún drama para impresionar a los muchachos. Pero empezaron a dudarle al ver la seguridad con la que el sargento salió a decir: “Son tan descarados, mi teniente, o tan brutos, que hasta delante nuestro se refieren a esos bandidos como compañeros”. Genaro y Saúl se mostraron abiertamente sorprendidos y confusos. No acababan de entender qué era lo que habían dicho mal, pero intuían que queriendo obrar de la mejor manera sólo habían logrado meterse en un gran problema. Saúl, dando evidencias de preocupación en el tono de su voz, comenzó a decir: “Oigan, nosotros no estamos diciéndoles compañeros a los guerrilleros, lo que hacíamos era contarles cómo los llamaban los demás... No somos guerrilleros... Si no nos creen, manden ahora mismo un grupo de soldados donde Eustasio, para que averigüen si no es cierto lo que estamos diciendo...” “¡Esa es la trampa que se traen entre manos esos guerrilleros, mi teniente!”, bramó entusiasmado el sargento, para quien la última petición de Saúl resultaba ser la perfecta confirmación de sus presunciones. Para el teniente también quedaban suficientemente claras las cosas de ese modo: “Pero se van a quedar esperándonos, porque de bobos nosotros no tenemos nada”. Al decir estas palabras, se dio media vuelta y recorrió con sus ojos las caras de todos los detenidos, incluyendo las de César y Herlinda. Tras un par de segundos, le preguntó a Ramiro: “¡Usted! ¡Dígame si conoce a esos 2 muchachos!” Su mirada se clavó fijamente en el rostro de Ramiro. Ramiro se sintió turbado e inseguro. Recordaba haberlos visto dos o

tres veces en la estación, aunque jamás se cruzaron palabra. De lo que sí estaba seguro era que no se trataba de guerrilleros ni de gente que trabajara con ellos. Temeroso de comprometer a alguien con sus palabras, vaciló unos momentos antes de que una voz que le brotó del interior sin consultar su pensamiento, pronunciara las palabras que resonaron en los oídos de todos: “Nunca en mi vida he visto ese par de tipos”. El teniente, que examinaba cada una de sus reacciones con cuidado, volvió a insistir ligeramente sorprendido: “¿Está seguro de lo que dice?” Ramiro miró al viejo Juan y captó en sus ojos una tenue expresión de aprobación, por lo que confirmó su dicho: “Completamente. Esos muchachos no son de por aquí”. El teniente pareció desconcertado. Estaba seguro de que Ramiro iba a salir en defensa de los muchachos, como solía corresponder a todo fiel colaborador de los guerrilleros, y se encontraba con que en cambio les negaba cualquier apoyo. El primer pensamiento positivo sobre aquella gente pasó por su cerebro desde cuando recibió la misión en el Batallón: “Después de todo no es que sean tan malos estos campesinos”. Para estar más seguro de su descubrimiento, lanzó la misma pregunta al viejo Juan y obtuvo igual resultado. Uno a uno fue interrogando sobre esa materia a todos los detenidos. Ninguno afirmó conocerlos. Por el contrario, el tono en que proclamaban su ignorancia sobre ellos fue subiendo de una respuesta a la otra. Las palabras empleadas por el último de ellos así lo revelaron: “Tampoco los he visto. Y resulta muy raro que aparezcan precisamente por aquí ahora. Quién sabe qué se traen entre manos”. Un acuerdo tácito y mudo se había producido entre todos después de oír la negativa de Ramiro. Las cosas que decían los muchachos sólo podían traer graves consecuencias para los vecinos, había que restar toda credibilidad a su versión. Aquella era la única manera de desviar la atención del Ejército. Satisfecho con el resultado de su censo, el teniente se volvió hacia Saúl y Genaro: “Muy bien guerrilleritos de mierda, vamos a tener que hablar mucho más despacio. ¡Sargento! Téngamelos apartados de los demás, y cuide también de que no tengan oportunidad de hablarse entre ellos”. El semblante de Genaro y Saúl revelaba la inmensa desolación que los poseía mientras caminaban en medio de varios soldados que los llevaron, por orden del sargento, hasta la sombra de dos palos de mango algo retirados de la casa, en cuyas gruesas raíces fueron obligados a sentarse apartados uno del otro y en silencio.

Quizás como consecuencia de la misteriosa manera que tienen para transmitirse las novedades en el campo, nadie más se apareció por ninguno de los caminos en el resto de la mañana. Durante esas horas el teniente se dirigió en varias ocasiones hasta el lugar en donde estaba instalado el radio de comunicaciones, de donde regresaba tras sostener

largas conversaciones, con el reflejo unas veces de optimismo y otras de preocupación en el rostro. También estuvo reunido permanentemente con su cuerpo de mandos subalternos, dando muestras de la agitación propia de quien prepara algún movimiento de importancia. El nerviosismo crecía entre los campesinos detenidos. La incertidumbre sobre la suerte que les esperaba en adelante los tenía temerosos. Se preguntaban en silencio qué sería de ellos cuando el Ejército resolviera moverse de allí. ¿Seguirían como rehenes? ¿Por cuánto tiempo? ¿Serían conducidos con algún cargo criminal hasta la ciudad? ¿Los asesinarían para presentarlos luego como guerrilleros dados de baja en combate? No dejaban de repetirse que de esa gente era posible esperar cualquier cosa. Hacia las 3 de la tarde, un grupo conformado más o menos por la mitad de la tropa instalada en la casa, salió de ella por el trillo que conducía al camino real. Fue la señal para todos de que el Ejército efectivamente había decidido partir. Con ello también se sobrevendría la decisión acerca de su situación. El primer indicio negativo de esto se dio por el lado de los muchachos. Con las manos atadas a las espaldas fueron conducidos en medio del último grupo de 5 hombres que abandonó la vivienda. Ramiro los vio caminar apesadumbrados y en silencio, sin poder evitar pensar que presentaban el trágico aspecto de los condenados a muerte, que vio alguna vez en una película avanzar hacia el patíbulo. Un choque inmenso de emociones se produjo en su interior, en donde se mezclaron sentimientos de culpa y de pesar. Estuvo a punto de gritar que esperaran, que había mentido, que sí los conocía, pero en ese momento preciso notó que lo tomaba por el brazo el viejo Juan y le decía quedamente al oído: “Me imagino lo que estás pensando, Ramiro. A mí también me duele. Pero si algo llega a ocurrirles, no será por culpa nuestra. El teniente interpretará como quiera cualquier cosa que le digamos”. Un instante antes de perderse de vista, Saúl volvió la cabeza hacia atrás, y todos pudieron leer en su pálido semblante, el pánico con el que parecía pedirles que alguno hablara, por piedad, en su socorro. Ruth fue la única que exteriorizó el tormento que aquello implicaba para el alma de todos, Sin importarle para nada la idea que pudieran hacerse al respecto los soldados restantes, dejó escapar un sollozo lastimero y corrió a abrazarse a Herlinda en busca de apoyo. Unas dos horas más tarde, el teniente ordenó al resto de la tropa alistarse para marchar. Luego hizo reunir los campesinos en un apretado corrillo y con tono de mucha suficiencia les fue diciendo: “Bueno señoras y señores, llegó la hora de irnos. Nos vamos y supongo que con eso van a quedar muy contentos. Pero voy a decirles algo, al Ejército ustedes jamás lograrán engañarlo. Sabemos que todos son unos apoyadores de la guerrilla, y sabe Dios si ahora mismo no habrá algún guerrillero entre ustedes. ¡Así hablen y digan toda la basura que quieran, esa certeza no nos la quita nadie! Pues bien, nos vamos, y no vamos a



hacerles nada, pueden estar tranquilos. El Ejército no va a tocarles un solo pelo. Pero de una vez les advierto: la gente del otro lado del río, y ustedes saben a qué me estoy refiriendo, serán los encargados de tratar con ustedes. Ellos no tienen asco para matar, así que no les espera nada bueno. Por eso no canten victoria por nuestra partida. Llegará el día en que rogarán que en lugar de ellos, seamos nosotros los que vengamos por acá. Pero será muy tarde". Enseguida calló y quedó mirando al grupo con una sonrisa burlona, como si esperara que alguien le respondiera algo. El viejo Juan fue el primero que se atrevió a hablar: "Ustedes siempre harán lo que quieran con el pobre. Así ha sido siempre. No nos queda otro recurso que rezar". "No –se apresuró el teniente a responder–. Si tienen otro recurso, más seguro que la Divina Providencia. Dejen de colaborarles a los bandidos, y colaboren en cambio con nosotros. Los guerrilleros los tienen a ustedes, en su gran mayoría, amedrentados con sus armas y sus amenazas. Sabemos que son muy pocos los que en verdad creen su cháchara política. Claro, éstos últimos, por el interés en el billete que les pagan los bandidos, tras sacárselo a la fuerza a muchos de ustedes mismos. Pero es la oportunidad de quitarse de encima esa opresión. Pásense al bando de los buenos. Organizaremos aquí un grupo de autodefensa, como al otro lado del río. Pero eso sí, aquí no podrán vivir sino los que nos apoyen. Oigan bien, de ahora en adelante esto va a ser así: los guerrilleros se van a morir, los que los apoyan también, y los que no quieren comprometerse con nosotros, como mínimo tendrán que largarse de estos lares. Cuando esta región sea nuestra, como antes, cuando no había guerrilleros y todo era paz y tranquilidad por aquí, los que habiten esta vereda podrán trabajar y salir adelante. Ese es el camino que tienen que tomar". Una vez que terminó su discurso, fue Ramiro quien tomó la palabra: "Perdóneme usted si no entiendo bien, teniente. Pero dice que los paramilitares van a matarnos a todos por guerrilleros o colaboradores, pero nos ofrece al mismo tiempo organizar una autodefensa aquí y trabajar con ustedes. Lo segundo no sería posible si ya nos han matado a todos". "Interesante su duda, Ramiro –comenzó a responderle el teniente con un acento de ironía–. Pero es fácil. La gente del otro lado del río, no los paramilitares como dice usted, que eso no existe, en realidad se encargarán de arrancar la maleza. Y le digo más claro todavía: maleza es todo aquel que no esté con nosotros. Y déjeme decirle algo más. Tipos como usted no tienen ningún futuro por aquí, así que es mejor que se vaya yendo ahora, que todavía puede". La amenaza sonó seca y cortante. Sin embargo Ramiro se atrevió a insistir: "¿Pero ustedes van a permitir eso? ¿Cómo es posible que el propio Ejército, que representa al gobierno y a las leyes, venga a anunciarnos que vendrán los paramilitares a asesinarnos? ¿Pretende que le quede agradecido por el aviso de que tengo que dejar todo abandonado e irme?" El teniente le

respondió con clara impaciencia: “¡No se haga el pendejo, Ramiro! El gobierno y las leyes son para la gente buena. Para los criminales lo único que vale es el plomo, el machete o la motosierra. ¿Cómo es que hay que pintársela a usted?” El viejo Juan intervino en procura de bajar los ánimos, apercibido ya del peligroso curso al que la actitud de Ramiro podía precipitar los acontecimientos: “Yo creo que vale la pena considerar lo que usted dice teniente. Son muchos los años que llevo yo por aquí, rompiéndome la espalda, para ir a perderlo todo. Gracias por su advertencia. Vamos a procurar portarnos a la altura hacia el futuro”. Mientras decía estas cosas, sus ojos buscaron el rostro de Ramiro y lo fulminaron con una mirada, indicándole que se callara. El teniente volvió a sonreír y se despidió de todos: “No vamos a olvidarlos. Estén seguros. Y vamos a recomendarlos muy bien. Hasta la próxima, para los que aún estén vivos cuando volvamos de nuevo”. Tan pronto como terminó, el sargento se le acercó y le manifestó que todo estaba listo para salir. Entonces ordenó la marcha. Cuando comenzaba a alejarse de la casa, rodeado por sus hombres, Ruth levantó la voz para preguntarle: “¡Teniente! ¿Qué va a pasar con los dos muchachos que se llevaron?” El teniente se volvió para mirarla, y le replicó: “¡El Ejército no va a ser el único en poner muertos en esta guerra!” Sin importarle la reacción que pudieran originar sus palabras, volvió a girar su cuerpo y continuó alejándose.

La tarde comenzaba a morir cuando varios de los campesinos manifestaron su intención de dirigirse de una vez hacia sus casas. “Es mejor que se esperen hasta mañana – recomendó César-. Los caminos de noche no son seguros cuando la muerte ronda cerca”. Un amanecer helado convidó a presagiar el insoportable calor que acompañaría el nuevo día. A eso de las 8 de la mañana Ramiro hizo su aparición en el filo del cafetal por el que se ingresaba a su casa. Al recorrerlo, sus ojos fueron reparando en la cantidad de objetos abandonados por los soldados hacia dos días. Bolsas verdes abiertas y vacías, bandejillas desechables, latas de alimentos sin ningún contenido, pequeñísimos fogones individuales, papeletas de fresco, varias pañoletas verde oscuro con dibujos macabros impresos en su centro, un par de gorras camufladas, toda clase de basura. También había un sinnúmero de vainillas vacías. Al recordar la última vez que estuvo allí, Ramiro tuvo la sensación de que había transcurrido mucho tiempo, pero al compararlo con las escasas horas sucedidas en la realidad, se puso a pensar en lo rápido que cambian las cosas cuando la guerra las envuelve. Una semana atrás no había siquiera imaginado la serie de dramas que le deparaban los días subsiguientes. Ahora sentía que jamás volverían los días de apacible vida rural, que alguna vez llegó a creer eternos. “Maldito Ejército, malditos paramilitares – se dijo-. Son ellos quienes nos han traído la desgracia”. Al salir del cafetal al potrero,

divisó la vivienda pintada de blanco y techada en zinc, en la que había pasado los últimos 6 años. El corazón comenzó a palpitarle más aprisa, al recordar cuando vino con Saray preñada a levantar esa finca. En ese momento salieron los dos niños a jugar al patio, y desde allí mismo les gritó con todas sus fuerzas: “¡Marcela! ¡Ramirito! ¡Estoy de vuelta!” Los niños volvieron a mirarlo, y como la primera vez, prendieron una gran algarabía llamando a Saray y corriendo a su encuentro. Ramiro sintió que sus ojos se le llenaban de lágrimas al aproximarse velozmente hacia ellos. En unos segundos Saray corría también tras los niños. A la mitad del camino, aquellos seres que con tanta intensidad se amaban, se mezclaron en un nudo de abrazos, frases entrecortadas y besos. Cuando Ramiro intentó hablar, un nudo en la garganta se le atravesó para impedirselo. Mudo de emoción, apenas atinó a comprender, que esos instantes eran la suma perfecta de todas las felicidades del mundo. ¡Qué hermoso era vivir! Aunque fuera tan sólo para pasar unos momentos como aquellos. Un par de horas más tarde, curado su cuerpo de fatigas y de golpes gracias a las delicadas atenciones de su mujer, y liberados sus nervios de toda la presión soportada, Ramiro se hallaba enterado de todo lo que había ocurrido durante su ausencia. En su casa habían estado Ismael y Jacinto poco después de su retención por la tropa. Llegaron a contarle a Saray, que habían visto cómo el Ejército lo llevaba a él a la cabeza de la marcha, hacia el sitio donde se había presentado el combate. No obstante el terrible drama que representó para ella enterarse de un suceso tan preocupante, sin embargo saberlo también le había significado un alivio, pues hasta ese momento estaba casi segura de que él había muerto en la balacera. Sólo el temor a exponer a sus dos pequeños a las balas del Ejército, le había impedido correr apresuradamente afuera, hacia el cafetal, para enterarse de su suerte. Ismael le había explicado bien lo que en verdad había sucedido. Él y Jacinto habían pasado la noche junto con los guerrilleros, a un lado del camino real y en disposición de combate, por si el Ejército tomaba esa vía. A eso de las 4 de la mañana, Hernán y Rosaura los despacharon con la misión de verificar la posición de la tropa. En caso de que ésta madrugara a moverse, debían cerciorarse bien de la dirección elegida, y de ser precisamente hacia donde estaban ubicados ellos, debían volver rápidamente para dar la señal de emboscada. Para mayor seguridad, Rosaura y 6 muchachos más se ubicarían tan pronto como aclarara el día, unos 200 metros delante de los demás guerrilleros, antes de descolgar hacia la casa de Juan Arango. Ellos habían emprendido su exploración con sumo cuidado, y tras adoptar todo tipo de precauciones, habían logrado ubicarse a una distancia mínima del sitio en el que la tropa había pernoctado. Su sorpresa fue enorme cuando descubrieron, al desvanecerse las sombras, que el Ejército no se encontraba allí. Se había movido en la noche. Inmediatamente el par de milicianos iniciaron la búsqueda del

rastros, y luego de seguirlo durante un trayecto más o menos largo, habían concluido que aprovechando la luz de la luna, la tropa se había dirigido, dando un inmenso rodeo, hacia el filo de la escuela. Ciertos de esto, se preparaban para volver atrás cuando escucharon los disparos exactamente hacia el sitio donde pensaban regresar. De modo que no sabían quién había sorprendido realmente a quién, aunque lo más seguro era que el grupo adelantado de Rosaura los hubiera visto aproximarse y les hubiera dado adelante. Al escuchar el otro tiroteo por los lados de la escuela, habían decidido esperar quietos entre el rastro un buen rato, y luego se aproximaron lentamente hacia el filo. En eso fue que vieron pasar a Ramiro a la cabeza de la tropa, y dedujeron que el tiroteo de este lado era cosa de los soldados solos. Después que hablaron con ella, los dos muchachos habían vuelto a irse y no se había vuelto a tener noticia ni de ellos ni de los compañeros. Ramiro también contó a Saray, con los detalles más minuciosos, todos los hechos vividos por él desde cuando salió de la casa dos días atrás. Cuando su relato se ocupó del caso de Genaro y Saúl, Ramiro no pudo ocultarle las dudas y remordimientos que lo atormentaban. Sintió vergüenza con ella, sobre todo porque captó de manera inmediata la forma en que crecía la expresión de perplejidad en su rostro, a medida que le confesaba cómo habían mentido todos para desviar las sospechas del teniente, a pesar de que eran conscientes que aquello implicaba embarcar a los dos trabajadores en un lío de consecuencias previsibles. Buscando consuelo Ramiro agregó: “Pero estoy seguro de que nada de eso hubiera ocurrido, de que ninguno de nosotros hubiera mentido, si los dos pelados esos no hubieran estado hablando lo que no debían. Fue por eso que hicimos lo que hicimos”. Al decirlo, casi lloraba. Saray comprendió su angustia, y pese a que ella misma también la sentía, y de que aquello le producía unas ganas inmensas de llorar, hizo un esfuerzo considerable por contenerse y dijo para animarlo: “No, Miro, no. Eso nunca hubiera pasado si ese maldito Ejército no hubiera venido por acá. Eso es lo que lo va haciendo a uno volverse así. La suerte de esos dos muchachos está en las manos del teniente, así como la de nosotros está en las manos de Dios. Nada podemos hacer, tal vez nada diferente hubieran podido hacer ustedes. Tal vez no les hagan nada y los suelten. No hay que sufrir antes de tiempo”. Al hablarle, Saray se había acercado a su silla, y tomándole la cabeza entre sus manos, se la había puesto contra su pecho y le acariciaba el cabello como a un niño que se mima. Los dos querían convencerse de las palabras de ella, pero algo en su interior se resistía a hacerlo. Llevaban varios minutos así cuando sintieron el ruido de los cascos de un caballo al trote aproximándose a la casa. La pareja se asomó al patio con el fin de observar de quién se trataba. Era Aparicio, que venía sonriendo hacia ellos con cara de traer buenas noticias. Una vez en el patio, el jinete saludó alegremente, sin descender

de la montura: “¡Qué hubo, Ramiro! Supe que te soltaron, hermano. Felicitaciones”. “¡Aparicio, hermano, gusto de verte!”, le respondió Ramiro. “Y lo mejor del cuento es que la tropa se largó por fin –volvió a hablar Aparicio– Yo vengo de la estación, y allá me confirmaron que anoche entraron varios camiones a sacarlos. Imagínate que hasta tanques trajeron para escoltarlos”. Ramiro preguntó: “¿No supiste qué pasó con los dos pelados que llevaban detenidos?” “No –dijo el amigo–. Con tanta alarma y alharaca que los chulos armaron en la estación para marcharse, nadie pudo ver nada. Obligaron a todo el mundo a encerrarse en casa y prohibieron hasta mirar por las ventanas. Con tal de que se fueran, la gente colaboró al máximo”. “Y de los compañeros, ¿Sabes algo?”, volvió a preguntar Ramiro. “Tampoco –respondió Aparicio–. Pero deben estar por los lados del río. Ismael y Jacinto deben andar con ellos, porque no han vuelto. Precisamente, voy a ver qué averiguo. Tal vez estén necesitando ayuda, por el caso del herido”. Diciendo esta última frase, giró la cabeza de su caballo en dirección al camino y se aprestó a salir. “Me alegro de que estés bien Ramiro. Estaré en contacto. Hasta pronto Saray, y felicitaciones”, dijo al tiempo que espueleaba la bestia y emprendía el trote hacia el cafetal. No fue sino irse alejando Aparicio, cuando Saray fue diciendo con voz que delataba su enorme felicidad: “¡Se fueron! ¡Dios mío, se fueron por fin! ¡Gracias Virgen del Carmen por atender mis ruegos!” Al oírla, Ramiro también dio paso a su regocijo: “Ya era justo que nos dejaran en paz. ¡Malditos! ¡Ojalá no vuelvan nunca!” El par de esposos se abrazó con auténtica euforia y hasta los niños, mirando la felicidad de sus padres, comenzaron a dar saltos, gritos y voces de dicha. Un rato después, cuando Ramiro pudo estar a solas con Saray, le susurró con voz cariñosa al oído: “Creo que esta noche sí vamos a poder celebrar el fin de todo esto como usted quería, hija”. Al escucharlo, los ojos de Saray brillaron de manera cómplice. “¡Claro que sí! – exclamó–. Cuidaré de arreglar el cuarto del lado para que duerman los pelados”.

Esa noche, Ramiro observaba desde el lecho los movimientos que iba haciendo Saray antes de acostarse con él. En una esquina del cuarto, sobre una repisa colocada a poca altura del piso y recubierta con un delicado mantel de seda blanca, una imagen impresa de la Virgen del Carmen permanecía iluminada por dos veladoras forradas en papel rojo. La luz color naranja confería una tonalidad romántica a la habitación. Saray cerró la puerta y luego inspeccionó la habitación del lado con el fin de percatarse de que los niños ya dormían profundamente. Satisfecha, decidió dejar esta puerta ligeramente abierta. Enseguida se agachó hacia las veladoras con intención de soplar las llamas. Fue cuando Ramiro la interrumpió: “Hoy que prendió dos velas para la Virgen, se las va a apagar.

Déjelas así, hija. Es más bonito”. Saray se volvió hacia él y le replicó: “Pero es que así me da pena. Siento como si la Virgen nos estuviera mirando”. “No se preocupe por eso hija – dijo él-. Después que la Virgen quiera vernos, así estemos a oscuras lo va a hacer”. Saray aceptó sus razones, y sin más vueltas caminó hacia él. Ramiro la tomó de una mano y moviendo su propio cuerpo hacia el rincón, le abrió el espacio en la cama para que ella se tendiera a su lado. A los pocos segundos, fuertemente abrazada, la pareja se entregaba entre un susurro de palabras cortas y bonitas a un febril intercambio de besos. Después del amor, Saray encogió su cuerpo desnudo y se anidó de espaldas contra el pecho de su marido quien la abrigó tiernamente con sus brazos y piernas. En esa posición se dejó vencer rápidamente por un sueño de suspiros calmados y dulces. Ramiro, repitiendo una vieja costumbre, estiró un brazo hasta la cabecera de la cama y encendió el radio transistor que permanecía siempre ubicado allí para poder escuchar todas las noches las noticias. Era temprano y la emisión del radio periódico regional acababa apenas de salir al aire. El ambiente de hogar se le antojó tan tranquilo al volver a escuchar desde su lecho las voces conocidas de los locutores, que por unos instantes tuvo la impresión de que las amargas experiencias vividas por él en los últimos días, habían sido quizás una desagradable pesadilla y nada más. Y pensó si no sería mejor olvidarlo todo. Pero en ese momento, la voz gruesa del corresponsal local que anunciaba un informe especial sobre la situación de orden público que se presentaba en el sector rural del municipio, bastó para hacerlo volver a la realidad. Por eso despertó a Saray y la convidó a escuchar el noticiero, a ver qué era lo que iban a decir sobre los sucesos recién sucedidos por allí. Tras una cortina musical acompañada de anuncios estridentes, el periodista saludó afablemente a todos los radioescuchas. Enseguida tituló la noticia de esta manera: “Y tenemos un informe especial. Continúan los violentos combates en el sector rural, veredas La Fuente y El Volante, con un saldo hasta ahora de 9 guerrilleros abatidos”. Ramiro y Saray se miraron a los ojos, sin ocultar la sonrisa de incredulidad que asomó espontáneamente a sus labios. Bien sabían ellos que los compañeros solamente habían tenido un herido en sus filas. La casi inmediata ampliación del titular de la información no les dio tiempo de hacer comentarios. El locutor entrevistó al “Señor Teniente Coronel Comandante del Batallón Cartagena”, quien según el informe periodístico, se hallaba al frente de las operaciones militares en el puesto de mando avanzado del casco urbano del corregimiento más cercano a la sierra. Según sus declaraciones, las tropas oficiales desplegaban un gigantesco operativo en toda el área referenciada, con el propósito de aniquilar los focos de bandidos que se estaban apoderando de la región. En desarrollo de éste, se libraban desde hacía una semana violentos combates cuyo saldo arrojaba hasta el

momento 9 subversivos dados de baja y un sinnúmero de heridos. En el primer choque, el más encarnizado de los realizados a la fecha, 7 guerrilleros habían sido eliminados. Las tropas se habían visto obligadas a sepultar los cadáveres en la montaña, ante la falta de disponibilidad de helicópteros en ese momento, y dado que lo escarpado del terreno hacía imposible su evacuación de otra manera. El día anterior, a primeras horas de la mañana, las tropas habían logrado dar alcance a una comisión de los bandidos que huía despavorida del sector. En el cruce subsiguiente de disparos habían logrado aniquilar a dos más, por lo que casi se podía afirmar que la célula guerrillera se encontraba a esas alturas desarticulada por completo. El periodista relató a los radioescuchas que él personalmente había estado visitando la morgue local, y que había quedado impresionado por la evidente juventud, casi niñez, de los dos últimos bandoleros dados de baja, cuyos cuerpos sí había podido trasladar el Ejército al municipio. Luego preguntó al coronel su opinión al respecto. El oficial se declaró conmovido por el hecho de que no tuvieran siquiera la mayoría de edad, y después manifestó que era repudiable desde todo punto de vista la tarea de reclutamiento de menores por parte de los bandidos, quienes se valían de promesas y engaños para vincularlos a sus organizaciones, a fin de ponerlos como carne de cañón. Llegada a este punto la transmisión, Ramiro no pudo permanecer más tiempo en silencio y exclamó lleno de ira: “¡Malnacidos embusteros! ¿Sí oyó, hija? Mataron los muchachos. ¡Mataron al par de muchachos! El maldito teniente cumplió lo que dijo. ¡Los mató! ¡Los mató! Y el coronel ese tiene que saberlo. Seguro que lo sabe. ¡Esa es mucha gente asesina!” Sus ojos se le fueron llenando de lágrimas y su voz se le fue ahogando en la garganta. Saray, estupefacta, lo observaba con los ojos completamente abiertos y aterrados, en un rostro que se había desencajado por completo. Al cabo de unos largos segundos, Ramiro volvió a hablar: “¡Y es culpa mía, Saray! Esos pelados están muertos porque yo negué que los conocía... ¡Si hubiera dicho otra cosa estarían vivos!”. Esas palabras de su marido hicieron reaccionar a Saray: “¡Ah, no, Ramiro! Eso no es así. ¡Ustedes no podían hacer otra cosa! Ellos hubieran podido llevárselos presos, era lo que les tocaba. Si los muchachos están muertos, toda la culpa es del Ejército. ¡Ahora no se martirice usted!” Ramiro la escuchó cabizbajo y no le respondió nada. Sólo siguió con su llanto silencioso. Saray se le acercó y rodeándolo por los hombros con sus brazos, se dispuso a arrancarle sus remordimientos. Le dijo: “Ramiro, ahora no es momento para andar arrepintiéndose. ¡Ahora es el momento de pensar qué vamos a hacer! Si el teniente cumplió su promesa de matar los muchachos, también cumplirá todo lo que dijo sobre los paramilitares. Estamos en peligro. ¡Nosotros y nuestros hijos! ¿Nos tocará irnos?” Sus palabras hicieron regresar a Ramiro a la realidad. Tras sonarse la nariz con fuerza e

imponerse sobre su aflicción, expresó: “Irnos no. Sería perderlo todo. Tenemos que confiarnos a los compañeros. Si el Ejército no ha podido con ellos, mucho menos la gente del otro lado del río”. Saray preguntó indecisa: “Miro, ahora que lo pienso, los compañeros tenían más de 6 meses de no venir por aquí. ¿Qué tal que no estén cuando los del otro lado del río decidieran pasarse?” Ramiro compartió su temor, pero intentó mostrarse seguro al responderle: “Estarán. Ahora que se sabe esto, no van a dejarnos solos”. Saray, que escuchaba al fondo la voz del coronel respondiendo una a una las preguntas del entrevistador, pensó en la cantidad de maldades que sería capaz de cometer ese hombre. Por eso insistió: “Pero supóngase Miro que no están. ¿Qué haríamos nosotros? ¿Qué haríamos?” Ramiro inhaló aire con fuerza antes de darle respuesta. Al expelerlo, quizás como consecuencia de su reciente llanto, el aire fue saliendo por su nariz a golpes, como por ráfagas sucesivas. Después, tras un largo silencio comenzó a decir: “Mija, el Ejército y los paramilitares son como los mensajeros del diablo. Si eso pasara, tendríamos que unirnos los que podamos de la vereda para pelearles. ¡Que Dios y la Virgen nos favorezcan!”

Campamento de invierno, septiembre de 1997